

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO  
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

---

---

# NOTAS PARA UN ESTUDIO SOBRE ÁNGEL GUIMERA

T E S I S  
PRESENTADA POR LUIS FERRAN DE POL,  
PARA EL TÍTULO DE  
MAESTRO EN LETRAS



FILOSOFÍA

MEXICO, D. F.

1 9 4 8

M. 195842



Universidad Nacional  
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

**Biblioteca Central**



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

## LA CRÍTICA ANTE GUIMERA

### I

El nombre y la obra de Angel Guimerá son famosos en la historia del moderno movimiento catalán llamado **Renai-xença**. Entendemos por tal el resurgir de la conciencia y de la voluntad militar, marítima, cultural, económica, artística y literaria de Cataluña a partir de los postreros años del siglo XVIII y principios del XIX, con las guerras contra la Revolución francesa y el Imperio. En cuanto al renacimiento puramente literario, se considera hoy que Puig i Blanch (más conocido como Puigblanch, 1775-1842), es el verdadero iniciador de este movimiento. “Dos poemas épicos escritos probablemente entre 1815 y 1820, parece que circularon manuscritos entre los estudiantes de la Universidad de Cervera, con algunos ejemplares de una Gramática y Apología de la Llengua Cathalana, publicada en 1814 por otro precursor. Josep Pau Ballot (1747-1821)” (Joan Sales, artículo *Catalonian Literature*, en el *Columbia Dictionary of Modern European Literature*, Nueva York, 1947). Suele darse la fecha de 1833, por haberse publicado en tal año, en el *Diario de Barcelona*, el poema *Trobes*, más popular con el nombre de *Oda a la Pátria*, de Bonaventura Carles Aribau (1798-1862), y que se tuvo por mucho tiempo por el primer intento logrado de cultivar modernamente el catalán en la poesía. Sea como

sea, en este movimiento iniciado hace más de un siglo, Guimerá junto con Verdaguer, ocupa el lugar de honor. Hasta tal grado es ello cierto que estos dos escritores fueron quienes, con su genialidad, aseguraron la continuidad del resurgimiento literario catalán. Con sobrada razón pudo escribir Lluís Nicolau d'Olwer que "Guimerá y Verdaguer sintetizan el último cuarto del siglo XIX y ocupan por su eficacia el lugar más alto en la literatura catalana moderna". (L. Nicolau d'Olwer, *Resum de Literatura Catalana*, Editorial Barcino, Barcelona, 1927).

## II

Pero, esta eficacia que les atribuye Nicolau d'Olwer, ¿implicaba un cordial amor hacia la obra tanto de Verdaguer como de Guimerá? Dejemos aparte a Verdaguer para no complicar las cosas, y atengámonos a nuestro tema de estudio: Guimerá. No resulta difícil probar que Angel Guimerá ocupaba en la literatura catalana, a juicio de algunos críticos, un lugar alto sin duda, pero lejano; era una especie de prestigio oficial que se exhibía con cierta complacencia por las traducciones que sus obras teatrales habían suscitado, pero, íntima y cordialmente, Guimerá era poco estimado por los críticos de los últimos tiempos. Todos se hacían lenguas del "gran dramaturgo", pero contados literatos le admiraban sinceramente y menos aún le comprendían de un modo cabal. Tal estado de cosas fué bien explicado por Doménech Guansé en un trabajo periodístico aparecido en la revista *Meridià* (Per una Revisió de l'Obra de Guimerá, Barcelona, 22 de juliol del 1938, número 28, any I), donde escribía: "Pasamos del artículo periodístico donde se le proclamó, como si tal cosa, genial, a la noticia emponzoñada de las insinuaciones sin grandeza alguna, donde el aparente elogio esconde la más rotunda negación". Así era en efecto, a pesar de que el pueblo, con un instinto más certero, seguía admirando las obras de Guimerá en todos los teatros del país en que se las ofrecían.

## III

¿Qué había sucedido, pues? Simplemente, Guimerá fué víctima de la generación que le sucedió en el campo de la literatura. Guimerá era el representante más destacado de la escuela romántico-realista hasta el punto de que Manuel de Montoliu (en su *Manual d'História Crítica de la Literatura Catalana Moderna*, Primera Part 1823-1900, Barcelona MCMXXII) pudo escribir que la “fantasía eminentemente romántica” junto a una “técnica naturalista” habíanse aliado para que “Romanticismo y naturalismo formaran el molde donde se vertió la personalidad de Guimerá”. Ahora bien, cuando Guimerá escribía sus últimas obras, en Francia hacía ya tiempo que se había reaccionado contra la manera cultivada por él. El eco tardío del parnasianismo primero, y, en seguida —casi simultáneamente en razón del retraso con que venía— del simbolismo, llegan a Cataluña para tomar los eclécticos colores del Modernismo, nombre este último que alcanzó gran boga en Cataluña, principalmente en el campo arquitectónico, gracias a las obras de Guadí.

## IV

Antes de seguir adelante, quizá sea conveniente entendernos acerca del valor que damos aquí a la palabra **modernismo**. Recordemos en primer lugar que ya Isaac Goldberg (*La Literatura Hispano-Americana*, Estudios críticos —versión catalana de R. Cansinos-Assens, prólogo de E. Díez Canedo— Madrid, Editorial América), hacía notar que el modernismo, por su íntima falta de unidad, no podía considerarse una escuela, sino mejor un movimiento. Por otra parte, más que algo propio de la Península e Hispanoamérica, el **modernismo** fué el nombre que tomó allí un fenómeno finisecular de tipo universal que, en cada país, se matizó con el color de sus propios problemas. Abarcó los últimos años del siglo XIX para prolongarse, en ondas cada vez menos intensas, hasta bien entrado el siglo XX.

Este movimiento, ¿qué fué exactamente para la literatura catalana? Rafael Tasis y Marca (*La Literatura Cata-*

**lana Moderna**, Comissariat de Propaganda de la Generalitat de Catalunya —Barcelona, 1937) dice: “La sensibilidad moderna, el contacto con Europa, la fuerza de inquietud y renovación que en aquel momento recibía el nombre de **modernismo**.” Pero quizá sea conveniente ceñir más éstos conceptos. Este contacto con Europa fué predominantemente francés, tanto por la influencia de sus poetas parnasianos y simbolistas, como por ser el francés el vehículo en el cual viajaban hasta Cataluña las restantes aportaciones europeas. Así, la influencia francesa “se convirtió en la aureola del fin de siglo, en una corriente directa y avasalladora”, junto con el “trascendentalismo septentrional de los escandinavos” (Joaquín Folguera. *Les Noves Valors de la Poesia Catalana*, Barcelona, MCMXIX).

Esta influencia, indudablemente beneficiosa en algunos aspectos, se exageró hasta tal grado que hace justas las duras palabras de Joan Sales, quien, en *Quaderns de l'Exili (Retorn al Punt de Partida*, octubre 1943, numero 2, any I, Coyoacán) decía: “Una literatura que ya tenía una fisonomía propia —dura tal vez, pero, ¿era ello un mal?—, adoptó actitudes simiescas”. Añádase a este afán de remedar lo ajeno, la extraordinaria boga que alcanzó —sin entenderla en la mayoría de los casos—, la ironía preconizada per Eugeni d'Ors, y se comprenderá que la literatura catalana, joven y entusiasta, fogosa y apasionada, hubo de verse dando medidos pasitos, bajo la crítica mirada de cien mentores pedantuelos. El abuso de esta ironía —que debía ser, en opinión de Eugeni d'Ors, la penetración en la inteligencia, o mejor, en el intraducible *seny*, de elementos estéticos y morales—, y, sobre todo, el aplebeyamiento de la actitud irónica, crearon al fin un clima poco propicio a los desbordantes entusiasmos guimeranianos.

Si necesitáramos de un documento, de una constancia, acerca de este cambio en la sensibilidad de los escritores catalanes de principios del siglo XX, podríamos aducir el prólogo que el padre de Joaquín Folguera escribió para la obra póstuma de su hijo, *Cartes a Claudi Rodamilans* (Publicacions de la “Revista”, Barcelona, MCMXXXI). Decía: Mi generación, admiradora ferviente de Verdguer, Guimerá y

Maragall, se avenía poco con el ansia renovadora de la siguiente generación que bebía en muy distintas fuentes".  
¿Puede exigirse más claridad?

## V

Sucedió pues que Guimerá, un buen día, se halló como Gulliver rodeado de la sutil telaraña de hilos e hilillos que pugnaban por inmovilizar su cuerpo de gigante sobre la playa literaria. Aquella gente menuda, con una técnica típicamente modernista —diestra en insinuaciones, ironías, tiquismiquis, desprecios, petulancias—, se le echó encima para acabar con él a puro alfileretazo. Por otra parte, Guimerá —fuerza es confesarlo—, no supo retirarse a tiempo del palenque literario y sus postreras obras, que no tenían la audacia y el joven frescor de sus creaciones viriles, daban pie para que sus enemigos literarios empañaran la gloria del Guimerá de los buenos tiempos.

Mucho más tarde, ocurría en Barcelona un hecho que ilustra como pocos el estado a que había llegado la aparente adoración de Guimerá por los literatos catalanes y el real distanciamiento en que vivían todos de aquella gloria oficial. En una conferencia tumultuosa dada por Salvador Dalí en la capital catalana, "tras una breve y brillante apología del Marqués de Sade", el pintor sobrerrealista atacó "la degradante ignominia intelectual de Angel Guimerá", "el más venerado y respetado de entre los literatos y patriotas catalanes". Pero la batahola subió de punto cuando Dalí, entre los histéricos gritos del auditorio, exclamaba: "Este gran pederasta, esta inmensa putrefacción peluda que se llamó Angel Guimerá". . . Espero que el lector se haya dado cuenta de que estoy citando pasajes de la divertida obra de Salvador Dalí *The Secret Life of Salvador Dalí* (Burton C. Hoffman, Dial Press, New York, 1942—capítulo II). Pero sigamos hasta el fin el ruidoso incidente: "Me echaron a la cabeza las sillas y sin duda hubieran acabado conmigo, a no presentarse los Guardias de Asalto para protegerme contra la furia de la multitud".

No cuesta un gran esfuerzo de imaginación pensar en cuál debió ser el propósito del pintor catalán al insultar públicamente a un autor que era reverenciado, de labios para afuera, en toda Cataluña. Por el relato del propio Dalí vemos que su propósito fué soltar una gran blasfemia, perpetrar en fin, un sacrilegio patriótico-literario con todos los agravantes. Pero sucede algunas veces que hasta los surrealistas resultan ingenuos... Si aquella furiosa manada de intelectuales hubiesen amado de verdad la obra y el buen nombre de Guimerá, en vez de esgrimir las enarboladas sillas, habrían pensado en aducir ideas. Lo que Dalí habría podido provocar con sus insultos —una revisión seria de la obra de Guimerá—, no se produjo entonces ni tampoco más tarde sencillamente por falta de amor. Quizá, a fin de cuentas, lo que más irritó en las palabras de Dalí fué la franqueza cruda y pintoresca, la palabrota soez y la apelación tan sin escrúpulos a los dengues sexuales. Pero el objeto real y patente del atropello, Guimerá, no interesaba seriamente. Por una vez por lo menos, Dalí había lanzado su escupinajo en el barro, creído de dirigirlo a la misma pila del agua bendita.

## VI

Algo, en todo este oscurecimiento de la gloria de Guimerá, llama la atención del curioso de estos menudos problemas de la historia literaria de mi patria. ¿Cómo fué posible tan radical transformación? Porque de Guimerá nadie podría decir que fué sólo popular. Ciertamente logró una vasta popularidad y la goza todavía en Cataluña, pero, junto a esta devoción ingenua de los humildes situada en los últimos lindes del coto literario, Guimerá mereció el respeto, la estima y la decidida admiración de críticos —para citar sólo nombres catalanes—, tan dotados como Yxart y Sardá. Ahora bien, ¿cómo se puede sostener que Guimerá fuera un escritor adocenado, y los críticos que le colmaron de alabanzas continuasen con su fama de certeros críticos, pese al incienso que habían osado quemar ante el ídolo de barro? Y no es que estos críticos no tengan fama de sagaces en las páginas de-



dicadas al dramaturgo. Especialmente Yxart, hizo una presentación entusiasta del libro de *Poesies* de Guimerá y es precisamente y paradójicamente este prólogo una de las obras que más fama le han procurado y lo que le ha valido una aureola de crítico excelente y sin posible reproche. “Todavía hoy día, lo más substancioso y lo más exacto lo hallamos en el prólogo de Yxart a los poemas de Guimerá”. (Doménech Guansé, artículo citado). Quizá sería necesario recortar lo rotundo de tal afirmación, pero, a grandes rasgos, es cierta. ¿Por qué, pues, le ocurre preguntar al más pazguato, por qué si Guimerá resultaba poca cosilla como creador, Yxart ha continuado gozando de su fama de buen crítico, ganada en gran parte precisamente en alabanzas al primero? La contradicción cobra demasiado volumen ante nuestra vista para que sea posible simular no descubrirla.

## VII

Este malentendido acerca de la obra de Guimerá, esta falta de franqueza en expresar claramente una opinión, no ha terminado en el exilio. Josep Carner en un artículo publicado en *Senyera* (número 3, México, D. F. 5 d'agost, 1944) y titulado *Angel Guimerá* escribía: “Por su gran osadía hablaron y se incorporaron al catalán, por su gran ambición de imaginero, (*imaginaire*) reyes y piratas, santos y demonios, adúlteras y monjas, lo mismó que, más tarde, curas idílicos e ideólogos anarquistas”. No se podría decir exactamente si esta gran osadía y, sobre todo, si la palabra *imaginaire* —que en catalán; quizá por la tácita comparación con palabras terminadas en *aire*, como *drapaire*, trapero; *garlaire*, charlatán, *versaire*, poetastro, etc., de tipo indudablemente peyorativo— sugieren o no una idea de menosprecio. ¿Son otra muestra tardía de aquel aparente elogio que esconde la más rotunda negación de que hablamos en otro lugar? De cualquier modo, indican que el lenguaje que se emplea todavía al referirse a Guimerá es ambiguo, preñado de reticencias y de ironías baratas.

## VIII

Todo esto nos muestra muy a las claras que hasta estos últimos años hemos arrastrado la herencia de la actitud **modernista** ante la obra de Guimerá. Este desacuerdo, por una parte entre el pueblo y la gente letrada en Cataluña, y, por otra, entre los críticos actuales y los de la generación de Guimerá, ha llegado a crear en la literatura catalana moderna, un verdadero caso Guimerá, una suerte de problema de valoración acerca de su obra que está aún muy lejos de hallar cumplida y justa solución. Será preciso, para emprender el estudio serio que precisa la obra de Guimerá, despojarse antes que nada del menosprecio que era patrimonio de la generación de literatos inmediatamente posterior a Guimerá. Hoy, aquellos que podríamos ser los nietos de Guimerá, quizá seamos los que con menos prejuicios podamos intentar esta tarea. En achaques literarios es sabido que los nietos son más justos que lo fueron los padres; y el abuelo literario tiene a menudo gracias y prestigios que sus inmediatos sucesores no supieron descubrirle por estar demasiado empeñados en desprenderse de su influencia.

La revisión pedida, reclamada, dado el estado de la crítica en relación con Guimerá, debe, pues, acometerse. A penas si el camino está trazado, señalado en algunas partes, borrado en otras, inexistente en muchos casos; la tarea de estudiar con alguna detención la vida y la obra de Angel Guimerá tiene casi el interés de lo inédito. Pocas son las obras destinadas a un estudio serio de la producción de Guimerá, pero menos provista está aún su biografía. Un solo libro —ni muy extenso ni muy bueno—, ha intentado trazar una síntesis de la vida del poeta y dramaturgo catalán. En el año de la muerte de Guimerá, 1924, apareció en la *Revista de Catalunya* (número 1, juny del 1924) un estudio debido a Carles Capdevila, reproducido más tarde en forma de opúsculo (*Homes de Catalunya - Angel Guimerá*, per Carles Capdevila - Biblioteca Política de Catalunya, 1938, Barcelona) que es una brevísima biografía de nuestro autor. Esta última obra, contiene un prólogo inédito que aporta algunas noticias interesantes. Pero la biografía se limita a relatar su

vida de una manera por así decirlo externa, sin recurrir a los mil elementos biográficos que podía haber proporcionado a su autor un examen algo cuidadoso de algunas obras de Guimerá, en particular sus *Poesies* y sus *Cants a la Pàtria*, llenas las dos de preciosas referencias autobiográficas.

— 2 —

### ¿EN QUE AÑO NACIO GUIMERA?

Aunque parezca mentira —pues Guimerá, junto con Verdaguer, forma el supremo e indiscutido duunvirato de la literatura catalana moderna—, el año de nacimiento del dramaturgo resultaba incierto. ¿Cómo era posible tal vacilación en un detalle tan sencillo y tan importante al mismo tiempo? Porque Guimerá no había nacido en una época lo bastante alejada de nosotros como para justificar esa incertidumbre. Sin embargo, este es el hecho: se le atribuían comúnmente dos años de nacimiento: 1847 y 1849; incluso el *Diccionari Enciclopèdic Català*, (Salvat Editors, Barcelona 1938) daba un tercer año, 1845. Pero esta última fecha —a pesar de ser verdadera, como luego veremos—, era tan poco seguida que, así como el centenario de Verdaguer, celebrado con artículos, trabajos, conferencias y hasta volúmenes tanto en América como en Europa, especialmente en Francia, tuvo cierta resonancia, el de Guimerá pasó para todos inadvertido. Eso quiere decir que las dos fechas en disputa eran precisamente las dos falsas: 1847 y 1849. Pero lo más curioso del caso es que, tanto los que daban el 1847 como los que aseguraban que el 1849 era el verdadero, lo hacían con absoluta seguridad, sin aludir siquiera a la muy patente contradicción. Antojábase incluso una cuestión opinable. Guimerá parecía ser el único escritor del mundo con dos fechas —en realidad con tres—, para un acto tan único y solemne como es venir al mundo.

Así las cosas, por original que me pareciera esta característica guimeraniana, me interesó ver qué había de cierto en el misterioso triple nacimiento de un solo hombre. La consulta de algunas obras que tenía a mano, lejos de resolver el problema, aguzaban mi curiosidad. Por ejemplo, Elías de Molins, en su **Diccionario Biográfico y Bibliográfico de Escritores Catalanes del Siglo XIX** (Barcelona 1880-1893), daba el año de 1847. De la misma opinión era el anónimo prologuista —¿Francisco Matheu—, del número 2 de la **Lectura Popular**. En cambio, Carles Capdevila, en **Angel Guimerá** publicado en la **Revista de Catalunya** (número 1.º junio de 1924), aseguraba ser el año de 1849 el de la venida al mundo de Angel Guimerá. Esta misma opinión parecía ser la de Rafael Tasis en su volumen **La Literatura Catalana Moderna** (Barcelona, 1937).

¿Quién tenía razón? De las obras citadas, la de Carles Capdevila era la que más extensamente trataba de Guimerá y, por ello, parecía tener más títulos para ser creída. Sin embargo, desde antiguo existía una sospecha: que el año de 1849 era una simple invención. Ocurrió que en el año de 1909 quiso festejarse públicamente a Guimerá en Barcelona. Los organizadores del homenaje decidieron que se celebraría el sesenta aniversario del nacimiento de Guimerá y, de esta manera, quedó entronizada la fecha de su nacimiento. Era evidente que si en 1909 Guimerá tenía sesenta años, había nacido en 1849. Pero, ¿por qué festejar precisamente los sesenta años del ilustre escritor? Misterios de los públicos homenajes. Quizá les pareció obligado solemnizar una cifra tan redonda y significativa como es 60, suma de las dos mitades de que dicen se compone la humana vida, y acaso se les antojó un detalle sin importancia y hasta estorboso que Guimerá la hubiera rebasado en unos pocos años. En cuanto al año de 1847, confieso no saber a qué debió el honor. La fecha de 1845 —dada por el citado **Diccionari**, no me era conocida entonces.

De todas suertes, un detalle llamaba la atención: todos coincidían en el día y hasta en el mes de nacimiento. He de confesar que me parecía más peregrina esta unanimidad de

día y mes que una total divergencia. Ya metido en el curioso y menudo rompecabezas, decidí seguir adelante.

La primera idea que me solicitó me pareció tan desprovista de imaginación y de una tal pobreza de recursos que la deseché. Mi luminosa idea había sido ésta: ¿Por qué no pedir a Santa Cruz de Tenerife la partida de nacimiento de Guimerá? Pero, como digo, se me antojaba demasiado fácil y hasta vulgar. No tenía nada de excitante. Por otra parte, ¿cómo era posible que no se hubiese hecho antes? Aunque la figura de Guimerá carecía de una bibliografía adecuada a su grandeza, con todo, me parecía casi un abuso empezar por un abecé tan ramplón. Pero por fin, vencidos mis escrúpulos, decidí solicitar —por medio de un ilustre y estimado prelado—, el envío a México de un **Extracto de Partida de Bautismo**, que me llegaba a primeros del año 1947. En ella leí lo siguiente:

Arriba, a la izquierda, un membrete dice: **Parroquia Matriz/ de/Nuestra Señora de la Concepción/de/Santa Cruz de Tenerife** - En caracteres mayores y centrandó el documento se lee: **EXTRACTO DE PARTIDA DE BAUTISMO** - Luego, en caracteres impresos, y seguido una cifra a máquina: **Libro 21. Idem: Folio 117 - Nombres (impreso) Angel Guimerá Jorge (a máquina) - hijo (impreso) de D. (impreso) Agustín Guimerá y Fons (a máquina) - y de D. a. (impreso) Margarita Jorge (a máquina) - Nació el (impreso) 6 de Mayo (a máquina) de (impreso) 1845 (a máquina) - Se bautizó el (impreso) 10. (a máquina) de (impreso) Mayo (a máquina) de (impreso) 1845 (a máquina) - Abuelos paternos (impreso) Salvador (a máquina) - y D. a. (impreso) María (a máquina) - Maternos D. (impreso) Gregorio (a máquina) - y D. a. (impreso) María (a máquina) - Padrinos Da. (impreso) María Casilas (a máquina) - Ministro D. (impreso) Lorenzo Silverio (a máquina) - Santa Cruz de Tenerife a (impreso) 21 (a máquina) - de (impreso) Enero (a máquina) de 19 (impreso) 46 (a máquina) - Firmado por Luis Ma... resto ilegible.**

Hay un sello que dice **Parroquia de la Concepción - Santa Cruz de Tenerife (óvalado)**.

Al reverso del documento hay un Vto. Bno. del Vicario General (firma ilegible) y un sello oval que dice: **Vicaría General del Obispado de Tenerife.**

Así pues, aunque no hice descubrimiento alguno, acababa de puntualizar un hecho de manera definitiva: Guimerá había nacido el 6 de mayo del año 1845. . . Al llegar a este punto, me maravilló que también la fecha verdadera de nacimiento en cuanto al año, coincidiera con las falsas en el día y en el mes. ¿No era algo raro que siendo tan diversos los años coincidieran exactamente en las tres fechas el día y el mes? ¿Qué podía explicar, de una parte la diferencia y de otra la unanimidad? Entonces se me ocurrió —y es lo que todavía pienso—, que sin duda el mismo Guimerá anduvo mezclado en este lío de años, días y meses. Si no el autor principal del embrollo, creo que Guimerá fué por lo menos un cómplice de primera responsabilidad. ¿Quién si no el mismo interesado podía conocer tan a las mil maravillas el día y el mes de su nacimiento? ¿quién si no el mismo interesado podía haber causado el lío de los años? Lo que indujera a Guimerá a estos inocentes juegos no es posible saberlo: ¿malicias de autor serio y juicioso? ¿coquetería? Todo es posible. Yo no sé lo que Guimerá pudo haber pretendido con darse fechas de nacimiento falsas o, por lo menos, en haber tolerado que se las atribuyeran. Pero la verdad es mucho más hermosa. Volvamos a considerar el año de nacimiento de Angel Guimerá: 1845. He aquí un año místico y lleno de significado para el renacimiento de la literatura catalana. En él ven la luz Verdaguer y Guimerá, hermanados así en el genio y el nacimiento. Un bello azar dispone, además, que coincidan incluso en el mes, pues los dos nacen en el prometedor mayo. ¿Podía darse una coincidencia más hermosa? Lástima grande que Guimerá —ya directamente, ya indirectamente—, contribuyera a oscurecer la precisión de la fecha de su nacimiento pues así se privó de la memoria y homenaje que en 1945 se dedicó a Verdaguer, y, sobre todo, —pues al fin y al cabo centenarios y celebraciones no son nada en sí mismos—, del conocimiento de esta hermandad en las circunstancias externas de su nacimiento, que la

hermandad en el talento torna más misteriosa, si cabe expresarse así.

Pero, hasta prescindiendo de consideraciones más o menos poéticas sobre este acercamiento de los dos grandes escritores catalanes del siglo XIX, el hecho de que Guimerá naciera en 1845 tiene gran importancia. Sabemos, en efecto, que Guimerá al llegar a Barcelona en 1855, no sabía una palabra de catalán y tomaba por agrias disputas las plácidas conversaciones de su padre y de su tío, como nos explica Carles Capdevila en su citada obra (reimpresa en forma de volumen con el título de **Homes de Catalunya - Angel Guimerá** Biblioteca Política de Catalunya, 1938, Barcelona). Si pensamos que todo eso ocurría en el momento en que Angel Guimerá contaba ya diez años —cuando Verdaguer tenía ya preformado en su alma infantil el enorme tesoro lingüístico que debía brindar luego a las letras catalanas—, nos maravillaremos todavía más del talento de un niño criado en tierras casi tropicales que llegó, con el tiempo, a aquella su férrea expresión, a aquella su catalanísima y áspera contundencia de léxico. Como siempre, el gran talento crea sus propias circunstancias y es el triunfador de las dificultades que le envuelven. Lo que la tierra diera graciosamente a Verdaguer —hablamos, claro está, de lo que podía darle, el léxico, no del uso que de él hiciera, cosa que sólo atañe al poeta de Folgueroles—, costaba a Guimerá el titánico combate de adaptación que quizá adivinamos en la chapucera y expresiva fuerza ciclópea de sus versos y párrafos.

— 3 —

### MARIA, EL GRANDE AMOR DE GUIMERA

En la escasa bibliografía que he podido consultar en México, acerca de los aspectos más íntimos de la vida de Angel Guimerá, sólo he dado con tres alusiones al grande y único amor del dramaturgo catalán. Josep Yxart en su prólogo

al libro *Poesies* de nuestro autor, nos dice: "En *L'última Carta* y *Del Meu Album* se hallan las relevantes notas de la pasión amorosa, y en ellas, más que la caricia, es la queja la que inspira al poeta, pero no la queja blanda y llorona, sino digna y reservada. Historia o ficción, el autor deplora en aquellas obras, como tantos otros, la ingratitud de una mujer, casada al fin, y la nota más repetida es la abdicación apasionada y varonil de todo derecho, llevada hasta la esclavitud: un noble olvido, una concentrada reserva más apasionada que todas las exclamaciones. Protesta a las veces el amante contra su propia cadena; pero su amor tiene siempre más de noble y de férreo que de tierno, y, sobre todo, que de sensual. Como arte, aquellas breves composiciones muestran un nuevo paso en el procedimiento consistente en sacar efectos nuevos a detalles acaso vulgares y a pequeños hechos acacidos. Una sentida y casi imperceptible emoción átase a un trivial recuerdo; las nimiedades de todos los días se asocian a sentimientos extraordinarios. Es la nueva manera de los poetas eróticos de nuestro siglo, de Goethe a Haine, que comunica mágica fuerza a brevísimas composiciones con el solo secreto de evocar emociones experimentadas por todos, y que son el escollo mayor para el pobre imitador, tentado por esta engañosa condición. Porque si bien es cierto que el sentimiento es algo que pertenece a todos, la capacidad de darle forma poética sólo la tiene el genio".

Carles Capdevila, en su trabajo sobre el autor de *L'Any Mil*, aparecido en el primer número de la *Revista de Catalunya* (junio de 1924), decía sobre el tema que nos ocupa: "...aquella historia de amor, sencilla y emocionante, que perfuma toda la vida del gran poeta y que quizá sea el secreto de su soltería".

Finalmente Josep Carner, en su artículo *Angel Guimerá*, publicado en el periódico *Senyera* (México, D. F. 5 d'agost, del 1944), escribía: "...aquel caballero, enamorado en su juventud de la hija de un cerero del pueblo de Vendrell".

Estas referencias son las únicas que he podido obtener. En un medio literario tan púdico como suele ser en general el catalán, no es de extrañar esta falta de detalles, especialmente cuando, es preciso reconocerlo, el tema era algo delicado. Pe-



ro, de cualquier modo, quizá vivan todavía personas que pudieran aportar algún dato o alguna noticia interesante en tal aspecto. Imposibilitado de consultas directas que hubieran podido iluminar este interesante aspecto, he utilizado otro sistema, ó sea, el de examinar con toda minuciosidad los elementos confidenciales que existan en las diversas obritas donde Guimerá alude a su amor. Buscar la verdad a través de su eco literario sé que es empresa arriesgada y que puede llevar a más de un error, pero, también me parece absurdo desechar sin examen esta rica veta de noticias biográficas.

Voy a explicar pues, cómo he tratado de rehacer esta historia de amor.

Es sabido que dentro del conjunto de sus poesías, existe una sección titulada *Del Meu Album*, cuyas composiciones están íntegramente dedicadas a su amor: María. Son obras que, desde un punto de vista estrictamente literario, no son gran cosa, pero, debido a su misma limitación temática y a su pobreza formal, gracias a que Guimerá no hace sino trasladar a versos mediocres el incidente amoroso, cobran una importancia autobiográfica de primer orden, si realmente fueron escritas —como creo—, con toda la sinceridad ingenua de amorosas expansiones. Espero que la historia podrá reconstruirse ordenando cronológicamente los elementos autobiográficos dispersos que las poesías ofrecen.

\* \* \*

Examinemos primero un poema de amante novel, en el cual Guimerá se queja de no ser muy bien acogido. Es aquel que empieza:

**Oh tórtora gentil i enjogassada,  
pomell flairós de roses i de llírs...**

(oh tórtola gentil y juguetona, oloroso ramo de rosas y de lirios)

Guimerá, seguramente muy joven, hace la alabanza de su amada "sin par en la belleza". Parece dirigirse a una coqueta, pues quéjase:

**...que tens per mi a tothora l'esquivesa  
i per altres les joies de l'amor.**

(pues tienes para mi desdenes sin cuento, y para otros las alegrías del amor)

No sé si la hija del cerero sentíase algo envanecida por el amor que le pintaba, en coplas agradables al oído, el hijo de un rico comerciante en vinos, que arrebatadamente le prometía:

**¡Amb quin plaer com foll m'abeuraria  
dintre tos llavis, manantial de mel!**

(Con qué placer bebería yo en tus labios, manantial de mieles)

Lo que es casi seguro es que Guimerá no debía ser muy consciente de la profecía que algo más adelante hubo de formular:

**Jo sé bé prou que mai, mai en la vida,  
s'ha d'apagar la flama que em consum,  
i eixamplant-se ha d'anar esta ferida  
fins tant que perdin mos esguards la llum.**

(Harto sé yo que nunca, nunca en la vida, se ha de extinguir la llama que me consume, y engrandeciéndose irá esta herida hasta el momento en que pierdan su luz mis miradas).

Este amor imposible convirtiéndose en realidad en su único amor, y, por ello, al hablar de Guimerá, se puede escribir su amor, en un singular que le hace gran honor.

Esta dulce coqueta del pueblecito de Vendrell no siempre se mostró esquiya al joven enamorado. Guimerá nos

cuenta cómo besó a su María por vez primera. Fué en un "templo solitario", "a la caída de la tarde", mientras ella andaba ocupada en engalanar "la capilla del Rosal". Podemos imaginar a una mocita de encendidas mejillas, de redondeadas formas, alzarse sobre un pie en un gentil esfuerzo para poner las flores nuevas dentro de los antiguos búcaros. Y mientras con una limpia badana comunica esplendores al oro y al mármol, sus ojos sonríen a la gracia virginal de la Madona del Rosal. Este ambiente tan provinciano de preparación de solemnidad religiosa —que huele a manteles limpios y almidonados encajes, que trae a los ojos relucientes candelabros y al oído retañir de cristales—, da a la aventura un gustillo romántico, en la cual ni siquiera falta la picante migaja de venial sacrilegio, si es posible expresarse así. Besada ante el altar, en la perfumada penumbra de un templo pueblerino, María debía sentir la íntima delicia y el inefable estremecimiento de algo deseado y temido, soñado y alejado de la imaginación como un mal pensamiento. Debía comprender que aquel poeta suspirante, no solamente sabía qué ambicionaba, sino que se mostraba muy dispuesto a conseguirlo:

Vora teu vaig enfilar-me  
i vaig dar-te el bes primer,  
mentre ton cap, vida meva,  
fugint, poruc, a l'incert,  
la llántia de la capella  
feia brandar dolcament.

(Junto a ti me encaramé y te di el primer beso, mientras tu cabeza, mi vida, huyendo, medrosa, inciertamente, hacía oscilar dulcemente la lámpara de la capilla).

¿Cuál fué el destino de este amor comenzado en una iglesia? Parece que Angel y María se amaron, que hubo en fin aquel intercambio de besos, abrazos, cartas, mechones, de cabello, pañuelos, que todo enamoramiento conlleva. ¿Hubo algo más? En un poema de la sección *Del Meu Album*, Guimerá, no sólo se declara forjador del alma amorosa de María, sino que se llama su marido. He aquí una cuestión

interesante y delicada. Llamarse marido de una mujer tiene un sentido sumamente preciso. Incluso etimológicamente (del latín *mas, maris*), resulta una palabra teñida de sugerencias de intimidad. Angel y María, ¿se quisieron como marido y mujer? ¿Quién sería capaz de adivinarlo? Como exclama el mismo Guimerá en *L'Ultima Carta* (que no forma parte de la sección del *Meu Album*):

**Llevat de Déu, no ho pot saber ningú**

(Como no sea Dios, nadie puede saberlo).

Preferimos dar una larga cita del poeta para que el lector pueda formarse una idea de tal asunto por sí mismo:

**En mos petons s'ha format,  
del no-res l'ánima teva:  
vas créixer al meu costat:  
si saps d'amor, t'ho he ensenyat...  
¡I ets meva, ets meva!**

**Avui tens altre marit  
mes l'ánima se'm subleva:  
el que está escrit, está escrit.  
¡Que jo no he pas consentit!  
¡I ets meva, ets meva!**

(En mis besos se formó de la nada tu alma, creciste junto a mi; si sabes algo de amor, yo te lo enseñé... Y eres mía, eres mía. Hoy tienes otro marido, pero, sublévase mi alma: lo que está escrito, escrito queda. Nunca consentí yo, ¡y eres mía, eres mía!).

Sin elementos de juicio suficientes, dejaré en este punto una cuestión, que, bien mirado, no tiene mucha importancia en sí misma. Por otra parte, tal amor —quizá alimentado de espíritu y de carnalidad—, nada tiene de censurable ni es para escandalizar a nadie. Guimerá —así lo demostró a lo largo de su vida—, mantúvose más fiel a este supuesto matrimonio natural que la mayoría de personas

obligadas por un yugo civil o religioso. Fuese lo que fuese de tales relaciones representó un vínculo serio, colmado de respeto, profundo, que nada de infamante tendría para ninguno de los dos. Al contrario, diría yo. Dado el ambiente mezquino en que vivieron —hábitos burgueses bautizados con el nombre de virtudes—, atribuiría a los dos una personalidad y una reciedumbre, una autenticidad y una arrogancia poco comunes en los ambientes estadizos de nuestros pueblos. También sería posible que la palabra **marido** —aunque el “hoy tienes otro marido” lo hace difícil—, no hubiese sido tomada en un sentido riguroso y que fuese, en cierta medida, una inversión de lo que suele acontecer con la palabra **esposo** (de *spondus*, a su vez de *spondere*, verbo que significa prometer de un modo solemne) que, empleada en el mismo sentido que marido, quiere decir, en realidad, sólo prometido. Tengamos además en cuenta que **marit** era la rima obligada de **escrit** y no echemos al olvido la tiránica brutalidad con que, según los mismos poetas (¿será necesario citar a Quevedo?) las rimas se imponen sobre el pensamiento. . .

Traeré a colación una segunda cita donde Guimerá, en una suerte de vanagloria masculina de un tono que dista mucho de ser caballeroso —pese a la opinión de Carner—, se solaza en versos preñados de insolencias:

Déu li do molts anys de vida  
a ton espós, ma estimada:  
Déu li do molts anys de vida  
per a besar-te a la cara.  
Puix jo sé prou, quan et miro,  
que baixará a la fossana  
sense esborrar amb tants besos  
el primer que jo et donava.

(Dios le dé luengós años de vida, a tu esposo, querida mía. Dios le dé luengos años de vida, para besarte en la cara. Pues bien sé yo, al contemplarte, que bajará a la tumba sin borrar con tanto beso, el primero que yo te diera).

Una popular picardía —de cariz más bien plebeyo—, se hace presente en estos versos y una de las manías más enraizadas en un pueblo atrasado —el culto a toda primicia amorosa de tipo simplemente material—, nos habla en un tono casi insultante. Quede claro, sin embargo, que en un hombre del carácter de Guimerá, todo eso no son sino muestras indirectas de su amor por María. La quiere con idolatría, totalmente, pero, al hablar de su amor, lo hace con la terminología, llevado de las preocupaciones y hasta con aquél polvillo de pimienta popular que suelen usar la gente que lo rodea. Además, estas indiscreciones son el fruto —siempre agrio—, del despecho, y esto, sin atenuar su brutalidad, explica por lo menos su tono. También psicológicamente son explicables estas indelicadezas. Si la hija del cerero fué una coqueta —y todo hace pensar así—, era amada como lo son las coquetas: con una inextricable mezcla de devoción y rencorés, de idolatría y de menosprecios.

El incidente que fué causa, o los incidentes si es que fueron varios, de que esta pareja se separara, no quedan claros —estoy hablando siempre de lo que un lector puede descubrir en el Album—, pero del tono general se puede colegir que Guimerá fué abandonado. Con un vivo sentimiento, le devuelve los regalos (con la candorosa martingala de guardarse una prenda de amor):

**Tes falses lletres d'amor,  
la trena amb mos plors humida:  
mes ¡ai! aquell mocador  
será amb mi tota la vida.**

(Tus falsas cartas de amor, la trenza húmeda de mi llanto: pero ¡ay! aquel pañuelo quedará conmigo de por vida).

La pasión de Guimerá, se muestra viva, ardiente, mostrando unos celos de tipo casi animal —es decir, puros e inocentes a fuerza de ser verdaderos—, cuando su amada se casa y él la sigue desde la iglesia hasta la casa donde atisba la luz en la cámara nupcial. Se comprenderá que

un realismo tan brutal —cualquiera que sea su valor estético—, es precioso como documento amatorio y resultaría muy difícil substituirlo por algo más revelador y representativo:

**T'he seguit a l'església, i desposada  
t'he vist sortir després...**

.....  
**Al davant de ta casa llargues hores  
ta finestra he mirat;  
i de tu, vida meva, i del que adores,  
la llum eixint, ¡qué coses m'ha contat!  
Tot m'ho ha dit, com una amiga estrella:  
que ja has dat l'últim sí,  
que els ulls demá has d'açotar, vermella,  
que una santa ja has d'ésser per a mi.  
Mes, ah, que encara et vull. —I donaria  
fins l'eternal repós  
sols per saber, quant aqueix llum moria,  
si tu l'has apagat, o el teu espós.**

(Te seguí hasta la iglesia y de allí te vi salir ya desposada... Ante tu casa he pasado largas horas mirando tu ventana, y de ti, vida mía, y del que adoras, ¡cuántas cosas me ha contado! Todo me lo confió, cual amiga estrella: que ya diste el postrer sí, que los ojos, mañana, has de bajar, pudorosa, que una santa debes ser ya para mi. Pero ¡ay! que aun te quiero. Y daría hasta el descanso eterno sólo para saber, al extinguirse la luz de tu ventana, si tú la apagaste, o fué tu esposo)

Guimerá se muestra aquí de una crudeza salvaje. Que el lector medite, dada nuestra moral, acerca de la franqueza áspera y sobre el sarcasmo de tales versos. Pues bien, una vez casada María, ¿cuál fué la actitud del poeta? Guimerá parece haber estado demasiado enamorado y su íntima esencia era demasiado realista y brutal para celar nada

en su *Album*. Parece que sus relaciones íntimas —si es que alguna vez llegaron a existir—, acabaron con el matrimonio de María. Diríase incluso que ella tenía cierto interés en empujarlo a la aceptación de nuevas ataduras sentimentales, aunque el poso del antiguo amor —según Guimerá—, la traicione:

**M'has fet dir per tes amigues  
que vols que torni a estimar:  
• avui t'han dit que em casava,  
i t'has posat a plorar...**

(Me hiciste decir por tus amigas que quieres que vuelva a querer: hoy te anunciaron que me casaba y rompiste a llorar).

Todas esas petulancias de Guimerá —que toman a las veces un tono de picarona cancioncilla popular—, revelan como un fuego mal extinguido aún, era capaz de prender nuevamente. Comienza entonces un febril estado de espíritu hecho de minúsculas señales de afecto, de sobreentendidos juramentos, de tácitas confesiones de amor. La estricta fidelidad conyugal no es obtáculo para que la coqueta engalanadora de capillitas se prive del gozo y del tormento de aquellos brumosos sentimientos. Existe en este furtivo juego amoroso distante mil secretas exaltaciones, sutiles deleites y finísimos sufrimientos. Si Guimerá no hubiese fracasado de una manera tan absoluta en la expresión poética de sus relaciones con María —especialmente interesantes en esta etapa—, hoy la lírica catalana tendría en el *Album*, en vez de una curiosa muestra de cómo el hombre Guimerá era capaz de amar, uno de los acentos más originales, sutiles y complicados de Europa entera. No acabo de comprender qué debió impulsar a Carles Capdevila a afirmar que el idilio guimeraniano fuese una historia sencilla y emocionante. Emocionante, sin duda, pero, en cuanto a sencilla... Guimerá y su amada viven por esta época una exaltación tan morbosa que solamente la sabia casuística de confesionario sería capaz de poner relativamente en



claro la psicología prolija y menuda, cosquilleante y ardiente de estos dos enamorados. Si por azar se ven en la iglesia, permanecen aparentemente indiferentes, Guimerá anota:

**Peró ja els grans del rosari  
no han correbut pels teus dits.**

(Pero ya las cuentas del rosario no se han deslizado por tus dedos)

De este estado de perpetuas tensiones, de arco siempre tendido y dócil a registrar la más leve vibración, el *Album guimerániano* aparece colmado. El poeta atisba la palidez de su María en cada ocasión en que pasa junto a ella y a su marido; sorprende a su amada tapando la boca de su hijo porque éste le ha preguntado ingenuamente quién es aquel hombre que la mira tan fijamente, etc. Daré una muestra de tales tensiones algo más extensa que las demás y quizá de mayor valor:

**T'he vist i sé que em vols; i d'alegria  
sento el cor que em glateix avalotat.  
Ja no m'espanta la dolor, Maria:  
que Déu et pagui el bé que m'has causat.  
Al teu carrer, i no sé com encara,  
he besat un noiet ros com fil d'or;  
ell ha anat cap a tu dient-te mare,  
i tu l'has pres, ¡i has esclatat en plor!**

(Te vi y sé que me quieres; y de alegría siento el corazón latirme alborotadamente. Ya no me asusta el dolor, María: que Dios te pague el bien que me hiciste. En tu calle, y sin que pueda decir cómo, he besado a un rapaz rubio cual hilo de oro; él escapó hacia ti llamándote madre y tú lo tomaste en brazos, y te deshiciste en llanto).

Pero el amor de Guimerá halla su expresión más alta en un poema fuera de la serie *Del Meu Album*, titulado *L'última Carta*. Este poema tiene un vuelo lírico superior

a los fragmentos examinados hasta acá y en algunos momentos —tanta pasión vertió en él—, llega a alcanzar una cualidad muy original; por su brío, por su prestancia y por la misma musicalidad del verso —en general, o bien pesado o esquelético en Guimerá—, parece fluir sin el típico y característico jaeo guimeraniño. Dice así en dos de sus más logradas cuartetos:

**Si un jorn et conten que he deixat la vida,  
gaudir no em creguis de l'eterna llum;  
ma carn serà dintre la pols dormida,  
mon esperit volant amb ton perfum.  
Seré en la flor que en tos cabells s'empari,  
en les teles que abracin el teu cos,  
sobre la creu que penja del rosari,  
i fins en els petons del teu espós.**

(Si un día te cuentan que dejé la vida, no creas que estoy gozando de la eterna luz; mi carne estará dormida en el polvo, pero mi espíritu volará junto a tu perfume. Estaré en la flor que en tus cabellos busque amparo, en las telas que abracen tu cuerpo, sobre la cruz que pende del rosario, y hasta en los besos de tu esposo).

Sigüé el poeta la macabra ficción —al juntarse el Amor y la Muerte en un poeta como Guimerá siempre podemos esperar un originalísimo acento, y llega a suponer que, si a su amada, se le muriese su hijo, le sería al poeta dulce vagar en los maternales gemidos y posarse luego sobre la muerta carne del niño: “para esperar tus trémulos labios”. Disparado por esta insana fantasía, la furia erótica de Guimerá sueña que, colocado el hijo de María dentro de su esqueleto, “donde estuvo antes mi corazón”, allí vendría la madre con el alma hecha pedazos y:

**ell, en sentir-te, es rémourá en mos ossos  
i em creuré que tinc cor i m'ha glatit.**

(El, al sentírte, se agitará en mi osamenta y creeré que tengo corazón y que ha palpitado).

Es el de Guimerá un amor tétrico, sin esperanza y que se proyecta hacia dimensiones y ensueños que se podrían tener como a instintivo precedente, temperamental, de lo que más tarde ha de ser la estética sobrerrealista. Esta visión de un párvulo que hace el oficio de corazón dentro de las costillas de un esqueleto, podría tomar vida plástica gracias al pincel, empapado en sueños, de Salvador Dalí.

Este amor que toma figuraciones espectrales y fantásticas, al crecer la fama de Guimerá sólo podía tornarse más tenso y patético. Una mujer enamorada de un escritor está en contacto con él a través de sus obras. Si, como en el caso de Guimerá, es un autor entregado en cuerpo y alma a la pintura del amor —y, además en el teatro—, el sistema de mensajes que son sus producciones sucesivas, está destinado a afirmar más y más los lazos del antiguo amor. Por ello, con toda seguridad, escribe Guimerá:

**M'han contat, i jo ho vull creure,  
que, en llegint els meus cantars,  
quan ve la nit em somnies  
fent-te petóns com abans;  
i el teu marit et desperta  
sentint-te que estás plorant.**

(Me han contado y quiero creerlo, que, al leer mis cantares, cuando llega la noche sueñas conmigo imaginando que te beso como antaño; y tu marido te despierta al sentir que estás llorando).

He aludido a la mezcla de idolatría y de menosprecio que una coqueta —cuando es querida—, suscita en su amante. Que el amor de Guimerá estaba hecho de devoción y de rabia a un tiempo, no resulta muy difícil de probar:

**Jo la conec ton ànima traidora,  
vil i ingrata com ets no ho fou ningú...  
Més, siguis santa o siguis pecadora,  
¿qué li importa a mon cor? Té fam de tu.**

(Bien conozco yo tu alma traidora, vil e ingrata como eres no lo fué nunca nadie. . . Pero, seas santa o bien pecadora, ¿qué puede ello importarle a mi corazón? Tiene hambre de ti).

Hemos visto cómo alguien va a contar a Guimerá —el joven enamorado—, que María estaba engalanando la capilla del Rosal; ya casada, no faltan amigas que van y vienen y traen recaditos de uno a otro. Este amorío parece pues que era conocido por todo el pueblo. ¿Cómo juzgaba su respectiva conducta? ¿Con qué eco de justiprecio responde el rústico coro de esta minúscula tragedia de amor? Guimerá nos cuenta que es condenado por aquella *vox populi* que ciertas personas toman por la voz del mismo Dios. Así expresa Guimerá su tiernísima estimación por María, y, a un tiempo, su soberano desprecio del absurdo poder de la opinión pública:

Cruel amb mi vas ser, la vida mia,  
mes el secret al cor me l'he guardat,  
si jo el contés talham et culpària  
i em plau que em digui el món, per tu, María:  
—Ara, passa un malvat—.

(Cruel fuiste conmigo, mi vida, pero el secreto guardado lo tengo en mi corazón. Si yo llegara a relatarlo, todos te culparían. Y me place que diga el mundo, por tu causa, María: —Ahí va un malvado—).

Transcurrido algún tiempo, al morir su padre, Guimerá rompe el ritmo que lo llevaba de Barcelona al pueblo de Vendrell, en favor casi exclusivo de la primera ciudad, para apegarse así al deseo de su madre, aquella dulce canaria enamorada de la gracia de la capital de Cataluña. La popularidad de Guimerá crece, sus tragedias, sus dramas son traducidos a todas las lenguas. Primero con su madre, después con los Aldavert, Guimerá siempre solitario, fiel siempre, se encamina hacia una ancianidad gloriosa, mientras en Vendrell, las sienes de la coqueta María brillan con las primeras canas. El tiempo pasa, Guimerá constata:

**Jo som a Phivern; la vinya  
no té ni pámpols ni ocells**

(Ya estamos en pleno invierno; la viña no tiene ya ni pámpanos ni pájaros).

Y, en las ramas de los secos sarmientos, vienen a morir las primeras y las últimas ilusiones del corazón. Entonces llega el momento de decir adiós a la María de su vida y de su muerte. Es cuando cae la postrera hoja de su **Album**:

**Cuants anys que no et veig, Maria,  
sinó al lluny, com entre boires...**

.....  
**Mes l'amor de nostres ànimes  
viurà més lluny de la fossa.**

(Cuántos años hace que no te veo, María, sino a lo lejos, como entre niebla... Pero el amor de nuestras almas vivirá más allá de los sepulcros).

— 4 —



## **NACION E IDIOMA**

FILOSOFIA

Guimerà tuvo una serie de intuiciones prehistóricas y protohistóricas de carácter tan original que le hacen aparecer como uno de los grandes precursores de la idea defendida hoy científicamente acerca de la unidad antiquísima de los países que actualmente hablan alguna de las variantes del idioma catalán: Cataluña, Valencia, Baleares, Rosellón, Andorra y el Aragón oriental. Los modernos estudios prehistóricos de Bosch-Gimpera, en su libro **Formación de los Pueblos de España** (Imprenta Universitaria, México), prueban que la antigua etnos ibérica alcanzó unos límites

aproximadamente iguales al ámbito actual de los países que hablan catalán. Por otra parte, los tres restantes pueblos característicos de la Península —o sea el grupo de raza vasca, el de lengua castellana y el gallego-portugués—, corresponden también, de un modo general, a prehistóricas razas y poblaciones distintas. Ahora bien, si existe una base prehistórica para explicar estas diferencias actuales, parece más cuerdo aceptarlas como origen de tales particularismos que inclinarse en favor de que casualmente las cuatro lenguas peninsulares actuales se extiendan sobre el área de poblaciones prehistóricas distintas. Como escribe Bosch-Gimpera, “En el subconsciente de los pueblos de España y apoyadas en la geografía, actúan leyes prácticamente eternas”.

A esta eternidad geográfica y humana aludía sin duda Guimerá cuando decía: “Yo no la concibo —se refería a la patria—, encerrada dentro de los mojones e hitos que las mudanzas de los tiempos le dieron más cerca ya de nuestros tiempos, sino que al trasluz de la historia mírola a lo lejos, esta tierra de nuestra estirpe, mucho antes que se hubiese formado aún el nombre de Cataluña”. Veíala, “mucho antes que a ella llegasen los hombres”, cuando, en el inmenso silencio, sólo se percibía, “el rumor de sus bosques milenarios y el estrépito de las olas más antiguas aún que venían a morir a sus pies”.

Asistimos pues a un verdadero geologismo patriótico, a un amor a lo inerte o simplemente vegetativo pues para Guimerá —hombre de infinito amor—, la patria debe ser amada desde su mismo origen, en la primera y más tenue alba de su nacimiento. Y, en cuanto al amor profesado a los que habitaron esa lejana patria, no lo inaugura —como suelen hacerlo algunos seguidores de la artificiosa escuela catalanista de la historia—, en la persona de Guifré llamado el Velloso, sino que para él el alba humana está en las intrépidas tribus ibéricas que acaudillaran Indíbil y Mandonio, los dos celebrados príncipes ilergetas cantados por Guimerá en un poema cuyo título —*Indíbil i Mandoni*—, pero sobre todo, el lema del canto —¡Alba de Catalunya!—, indican muy a las claras su visión prehistórica. Y no fue-

ron esos dos desgraciados príncipes leridanos los únicos que trajeron a Guimerá sino que otro pueblo ibérico —Sagunto—, mereció uno de sus más apasionados cantos. “Parece que gracias a la tenacidad de los saguntinos existe nuestra Nación. En un mapa de nuestro territorio lingüístico, pasma el extrangulamiento que experimenta en la latitud de Sagunto. Bosch-Gimpera he señalado que una oleada de celtas turbuletas se infiltró en dirección a Sagunto, donde fué contenida; y que la línea étnica fijada entonces coincide con la línea lingüística actual. Parece pues que, sin la resistencia de los saguntinos, el pueblo del interior de la Península habría llegado hasta el mar, y hoy nuestra Nación o no existiría o bien estaría partida en dos mitades por una cuña”. (Joan Sales en *Les Arrels de la Nostra Fe - Quaderns de l'Éxili*, marzo-abril- 1945). He aquí pues otra coincidencia entre la intuición guimeraniana y la moderna escuela catalana de prehistoria, o mejor, entre la simple corazonada del poeta y los profundos motivos históricos —de vida o muerte—, que existieron para que los saguntinos resistieran siempre las obstinadas presiones del poniente.

Los pueblos de raza ibérica, decíamos, ocuparon aproximadamente el área actual de los países que hablan catalán, y a esta raza ibérica vemos que Guimerá la tiene por el alba humana de la historia catalana. Ahora bien, entre la antiquísima ocupación ibérica de nuestros territorios y el actual dominio geográfico de la lengua catalana surge un hombre, un rey, al cual Guimerá, como no podía menos de suceder, distingue con una devoción muy particular. Este rey es Jaime I el Conquistador. Con sus conquistas—Valencia, Baleares y Murcia—, la etnos ibérica reconquista sus plenas fronteras y, reforzándolas con nuevos elementos culturales, las proyecta hacia el futuro. Guimerá siempre ve en Jaime I una figura casi mítica. Su altura es tanta que,

**a tots passa de dos pams.**

(en dos palmos sobrepasa a todo el mundo).

Su altura moral es tanta que le ve como creador de la patria, como a “padre amantísimo de los catalanes”, ilustrando tanto la lengua en su crónica como los hechos de armas retornando a la vieja Iberia sus milenarias fronteras. Y cuando la abyección y decadencia de su patria arranca a Guimerá los amargos acentos de su *Poblet*, es la figura de Jaime I, momificada, yerta, impresionante en su profanación, la que centra el poema tanto por la extensión que dedica al rey conquistador, como por el crudo contraste que forman las desencadenadas turbas sacrílegas en sus macabras danzas alrededor del fundador, o mejor restaurador, de la nacionalidad. Por otra parte, cuando se trata de animar a los demás países de lengua catalana, especialmente a Baleares y a Valencia, Guimerá no deja de evocar la noble figura del rey Jaime I. “Despertarán muy pronto, promete, para decirnos: aquí estamos, hermanos: ya el rey conquistador llegó por vez segunda”. (Discurso del 5 de mayo de 1889, Juegos Florales de Barcelona, Discurso de Presidencia).

Para Guimerá era un hecho —como vimos en otro lugar—, que “la patria de los catalanes, la patria de nuestro corazón, llega y ha de llegar hasta donde se habla la lengua catalana”. Y más adelante, reafirma estas palabras y enumera, además, los territorios que el catalán tiene por patria natural: “nuestra patria es y será por encima de todo y mientras Dios así lo disponga, cualquier lugar donde se hable el catalán, Mallorca, Valencia, Rosellón y Cataluña, sean o no sean sus tierras respectivas de España o de Francia”. (Discurso del 18 de mayo de 1890 en el Palacio de las Ciencias de Barcelona).

Esta fe de Guimerá en la unidad de los Países de Habla Catalana tiene tres fundamentos que nos proponemos presentar con brevedad: a) un fundamento histórico; b) un fundamento literario; y c) un fundamento en la realidad tal y como se da hoy ante nuestros ojos. Vamos a examinar estos tres aspectos.

Cataluña vivió sus más gloriosos días “hermanada con honor y firmísima voluntad a Aragón, Mallorca y Valencia” (Discurso del 4 de octubre de 1901. Discurso de



Presidencia' en los Juegos Florales de Sarriá). Además, según Guimerá, Cataluña vivió hermanada con esos pueblos, no con afanes imperialistas, sino en una amistosa federación, "para estrecharlas en fraternal abrazo, nunca para sofocarlas". (26 de marzo de 1892. Discurso en la Asamblea de Manresa). Y de esta supuesta fraternidad antigua —en general exacta, pese a ciertas desaveniencias— saca Guimerá argumentos para apoyar las modernas demandas catalanas de gobierno propio. "Del presente, de nuestras honradas aspiraciones actuales, responde nuestro glorioso y digno pasado".

Esta afirmación de unidad de los países de habla catalana, a las veces es contradicha por ciertas recaídas en un concepto regional estrecho, como cuando habla del Ebro como "frantera", pero, de un modo general, puede decirse que Angel Guimerá defiende siempre con gran lucidez, tanto en la historia del país como en la actualidad, la esencial unidad de las tierras catalanas, valencianas, balears.

Vamos a examinar ahora el fundamento literario que Guimerá busca a esta unidad. La cita a este respecto es de una claridad meridiana. "Como si la Providencia quisiese compartir su gloria dejándola como herencia repartida por igual entre la hermandad de los tres pueblos, a Ramón Muntaner nos le dió en Cataluña, donde se fundó la patria que resplandece eternamente en la historia; a Auzias March dejólo en Valencia donde se respira el amor y donde hasta los mismos palmares lo sienten cuando, sacudiendo su polvillo de oro a los vientos, musitando placeres, a otros palmares lo transporta; y a Ramon Llull descendiólo en Mallorca, para que desde Miramar extendiese sus miradas..." (30 de noviembre de 1895, Discurso de Presidencia en el Ateneo Barcelonés).

Pero para Guimerá la unidad de los pueblos que hablan alguna variante del catalán no es algo muerto, de ayer, sino vivo y lleno de pujanza y sobre todo de promesas. Así le vemos cantar esa unidad en los más variados acentos y en las más diversas ocasiones. En los Juegos

Florales del llamado Rat Penat —sociedad valencianista de carácter literario—, termina en la siguiente estrofa:

**I digues-li e eixa pàtria beneida  
que hi ha dintre el passant tot el present:  
que d' un arbre mateix som la florida  
i té la sang mateixa nostra gent...**

(Y dile a esta bendita patria que en el pasado reside todo el presente; que de un mismo árbol somos los renuevos y nuestra gente es toda de la misma sangre).

Refiriéndose en otra ocasión —en la guerra de 1914-1918—, a los "Hermanos del Rosellón", escribe:

.....  
**Hem traspasat la ratlla partionera  
entre els d'ací i els d'allà que es diu frontera.  
Més frontera pel cor mai ho ha sigut.  
No hi ha partions: per honra, per virtut,  
per fe en demà, som una pàtria entera.**

(Hemos traspuesto la línea divisoria entre los de acá y los del otro lado que pretende ser frontera. Pero frontera para el corazón nunca lo ha sido. No hay divisiones: por honra, por virtud, por fe en el mañana, somos una patria entera).

Y en una comida ofrecida por la colonia francesa en Barcelona a los catalanes que habían visitado Perpiñán a causa de la guerra y en la cual Guimerá dió las gracias por la concesión de la Cruz de la Legión de Honor que el Gobierno francés le otorgara, decía así:

**De dalt del Pirineu va veure un día  
Catalunya, Aragó, la verdejanta  
València i Múrcia i en l'escumeig de Pona  
les Mallorcaes que els braços li allargaven. . .**

(De lo alto del Pirineo vió un día Cataluña, Aragón, la verdeante Valencia y Murcia, y en la espumosa onda las Mallorcas que los brazos le tendían).

Misión histórica de Jaime I que el poeta resume como algo logrado y en vías de abrirse camino nuevamente hacia una realidad concreta. Porque esa unidad nacional Guimerá no la ve sino en movimiento hacia nuevas formas de vida. Por ello, en el **Himne de l'Agrupament la Nostra Parla**, insiste en la idea de la unidad y en su remotísima antigüedad:

**Catalunya i València,  
Mallorca i Rosselló  
les branques son d'un arbre  
que al món no te parió.  
.....  
Som una pàtria sola  
de des la creació.**

(Cataluña y Valencia, Mallorca y Rosellón son las ramas de un árbol sin par en el mundo. . . Somos una patria unida desde la creación).

Luego, trata de oponerse, sin duda, a las acusaciones de tradicionalismo muerto que algunos hacían a las aspiraciones catalanas y por ello insiste tanto en las glorias pasadas como en la necesidad de seguir adelante para ocupar un lugar aventajado entre las naciones más adelantadas:

**Nobles i grans com fórem  
el món ens hi veurá,  
Volem records d'enrera,  
mes endavant marxar.  
On són les races lliures  
la nostra hi anirá.**

(El mundo volverá a vernos grandes y nobles como lo fuimos antaño. Queremos recuerdos de días pasados, pero también seguir hacia adelante. Allí donde estén las razas libres irá la nuestra).

Y para que no haya duda acerca de la personalidad del grupo idiomático formado por Cataluña, Valencia y Baleares, exclama:

**Cridem en nostra parla:  
¡Visca nostra Nació!**

(Clamemos en nuestro idioma: ¡Viva nuestra Nación!).

Es decir, que el pensamiento guimeraniano en cuanto a la unidad nacional de los países que hablan catalán puede resumirse así: forman Cataluña, Valencia y las Baleares una entidad histórico cultural con idioma propio y características nacionales. La historia, la literatura y el hecho vivo del idioma son otras tantas bases para estas afirmaciones como hemos demostrado con citas suficientes.

— 5 —

## EL CULTO AL IDIOMA

Para Guimerá la lengua era la patria. — “El día que llegase a morir la lengua, moriría nuestra nacionalidad”. (Discurso del 18 de mayo de 1890, en homenaje a Johann Fastenrath por su libro *Catalanische Troubadours*) En el mismo discurso trazó un paralelo entre el concepto alemán de patria y el catalán en estos términos: “¿Sabéis lo que constituye la Patria Alemana? Pues lo mismo que constituye la Patria Catalana”. Explica luego que un canto alemán define la patria de los alemanes diciendo que llega hasta los mismos confines en que resuena su idioma, para concluir al fin: “Pues la patria de los catalanes, la patria de nuestro corazón, llega y debe llegar hasta donde se habla la lengua catalana”.

La escuela histórica del derecho había hecho triunfar en Europa tales ideas de cuño romántico —existía un alma para todo—, y ellas impulsaron los distintos renacimientos lingüísticos europeos en el siglo XIX. Enric Prat de la Riba —el autor de *La Nacionalitat Catalana*—, explica así el fenómeno: “Tiene lugar entonces en toda Europa un grandioso renacimiento literario: todas las lenguas toman parte en él, y, conducidas por la gran revolución romántica, las lenguas hasta entonces confinadas, se hacen ceder un lugar en el concierto universal de las letras”. Se comprende pues, el fervor con que la identificación de lengua y patria era defendida por los catalanes quienes habían visto resurgir como quien dice de la nada, un idioma si glorioso un día, “muerto hoy para la República de las Letras y desconocido para el resto de Europa”, como escribía Capmany en sus *Memorias* (1779) refiriéndose, en el apéndice de tal obra, a la inutilidad de copiar en catalán el discurso de Martín el Humano a las Cortes de Perpiñán. Pero desde finales del siglo XVIII, se había hecho mucho camino y lo que entonces pareciera muerto, a finales del XIX estaba lleno de vida y de promesas.

Esta glorificación del idioma apuntaba a minar la concepción estatal centralista pues, como decía Guimerá, “los estados absorbentes pueden coser y descoser a capricho las naciones históricas, como a pedazos de ropa de distintos colores para disfrazar a la humanidad”. Vemos pues que el idioma, al ser la base de la nación, se oponía a la identificación de patria y Estado. La lengua —y por tanto la nación—, era algo natural y vivo, mientras que el Estado era un producto artificial e inerte. En otro lugar veremos las consecuencias de esta contraposición.

Pero si el concepto guimeraniano de patria —que por otra parte era el corriente entre los catalanes más conscientes—, llevaba aparejado una resistencia a confundir la nación con el Estado oficial, insistía, con no menor viveza, en trazar el ámbito real de la patria catalana, al decir: “Pero nuestra patria es y será sobre todo y por encima de todos, mientras Dios quiera, cualquier lugar donde se hable catalán (más extensivo en realidad pues dijo *catalanesc*) en

Mallorca, en Valencia, en el Rosellón y en Cataluña, sean o no sean sus tierras de España o de Francia". Vemos aquí la insistencia de Guimerá tanto en la coincidencia de patria y lengua como en la oposición del concepto Nación y Estado.

Guimerá tiene una idea dinámica y hasta belicosa de los idiomas pues considera justa —no sin razón—, la identificación entre la expansión de las armas y las letras a lo largo de la historia. Hablando del rey Jaime I —“padre amantísimo de los catalanes”—, nos dice: “así como con su espada hizo crecer a la patria, con su pluma hizo crecer y ennoblecer la lengua que la simbolizaba”. Un poco más allá afirmaba: “Que la lengua escrita sigue la suerte de las banderas de un pueblo, bien se ve al contemplar a esta raza extenderse con los Condes de la Casa de Cataluña por el mediodía de Francia y viendo también a los engrandecidos condes-reyes de la Casa de Aragón marchando a Mallorca, a Valencia y a Murcia, que adoptaron nuestra lengua”. Y, para que no haya duda alguna acerca de este sentido imperial que para Guimerá tiene un idioma, nos dice: “Es un hecho, señores, un hecho sin duda alguna, que siempre que este país se ha sentido con vida propia, ha tenido vida propia su literatura, siendo ésta más o menos cultivada y siendo más o menos poderosa su lengua escrita cuando más arriba o más abajo se ha hallado esta patria en los caminos de la prosperidad”. (Discurso de Presidencia en el Ateneo de Barcelona, 30 de noviembre de 1895).

Y si el cultivo de la lengua catalana siguió la ascensión de los reyes de la Casa de Barcelona —quienes “siempre tuvieron por su natural y antiquísima patria a Cataluña y en todo vivieron conformes a sus leyes y costumbres y la lengua que usaban era la catalana”—, al llegar los tiempos de la decadencia la lengua escrita sufre un casi total eclipse, sobre todo en cuanto a la calidad se refiere ya que la literatura en catalán nunca llegó a desaparecer de hecho sino más bien de derecho o sea de categoría, y así lo constata Guimerá en el ya citado discurso. En él insiste en que la lengua hablada nunca pereció, “y si la lengua fami-

liar era la única hablada, la lengua literaria, en Cataluña, en Mallorca y en Valencia fué entonces la castellana”.

Más tarde, cuando se produce el fenómeno del renacimiento del catalán como idioma de cultura, todo contribuye a la nueva pujanza de la lengua renacida: “todos en esta tierra, incluso ignorándolo muchos de ellos, contribuyen a que se expanda y se propague: la industria moviendo sus maquinarias; el comercio haciéndose transportador general de cuanto entra o sale de España”. Y, aludiendo al hecho de la fuerte inmigración a Cataluña de hijos de tierras de habla castellana, a causa, principalmente, de la necesidad de brazos para la industria, dice: a los inmigrantes, “los hijos que les nacen hablan la lengua catalana”.

Hasta aquí sigue Guimerá a la lengua catalana en su ascensión, decadencia y renacimiento de un modo podríamos decir histórico, distante, casi objetivo. Pero Guimerá era un hombre de su tiempo y estaba animado de los ideales que intentaban reconquistar conscientemente a Cataluña y propagar en ella nueva vida. Esos ideales se concretan en una palabra, catalanismo. Pues bien, ¿qué quería el catalanismo, es decir, qué quería Guimerá y los hombres de su tiempo en relación con la lengua? Lo expresó el gran dramaturgo con meridiana claridad: “Cataluña, al pedir por medio del Catalanismo, la expresión del cual es la lengua que aquí nos congrega, la restauración de cuanto le dió fisonomía propia y es compatible con el presente siglo...” insiste en su derecho máximo: el uso de la lengua catalana (Discurso del 10 de febrero de 1883). Que la gran aspiración del Catalanismo es restaurar a su antigua dignidad la lengua, muy claro lo dijo en otra ocasión —Discurso del 25 de abril de 1897—: “Cataluña quiere la lengua catalana exclusivamente para su uso propio”.

Pero, además de todas estas declaraciones —y otras muchas que pudieran aducirse—, existe el hecho más importante en la vida de Guimerá y es que, a pesar de haber llegado a Cataluña sin saber una palabra de catalán —pues su lengua materna fué la castellana—, nunca se sirvió de otra que de la catalana para sus trabajos literarios. En su citado discurso presidencial lo dice claramente: “Sabía que

a la presidencia del Ateneo Barcelonés me llevaban mis pobres trabajos en lengua catalana". Y algo más allá: "debido al impulso del afecto que tengo a este idioma, será mucho más fácil para mi la tarea de pensar y expresar mi discurso". Y, para hacer patentes sus grandes esperanzas en el futuro del instrumento expresivo que libremente escogiera, nos dice "lengua y literatura exhuberantes de vida, ni por un instante decaída ni estropeada en los labios de los catalanes, siempre que como a catalanes se producen". A él mismo se le podían aplicar las frases que pronunciara en esta ocasión en elogio del gran dramaturgo nórdico Ibsen, de quien dijo: "pero él escribe y nada le importa, pues aquella lengua de tan menguado ámbito le basta para levantar y agitar todos los teatros de Europa".

Ahora bien, esta idolatría que Guimerá sintiera por el catalán, ¿arrancaba de incomprensión, ceguera, odio acaso, ante las gracias del castellano? Difícil de probar sería esto si se tiene en cuenta el acendrado amor que Guimerá profesó siempre a su madre, cuya lengua, a lo que parece, fué siempre el castellano, el castellano de dulce inflexión y modulación suave propia de los canarios. Pero, por si no bastaran estas razones, él mismo se adelantó a desvanecer equívocos: la lengua castellana le parecía "encantadora y colmada de armonías cuando fluye de unos labios generosos", "entre los sembradíos de Valladolid y de Zamora". Pero, al mismo tiempo, cuando el idioma castellano trataba de imponerse sobre el catalán en el ámbito propio de este último, apelando a coacciones de tipo político o echando mano a la fuerza, antojábasele "zahareño y espantoso".

## POESIA Y JUEGOS FLORALES

Aunque se da una fecha cierta y concreta para la fundación en Tolosa de los llamados Juegos Florales —1323—,



parece más acertado suponer que en tal año tomó cierta oficialidad lo que antes se celebraba con carácter privado. Más aún, en realidad tales certámenes venían a ser un intento de dar una vida más lozana a una literatura en la cual se iniciaba una decadencia. ¿Qué pretendían los Juegos Florales? Ni más ni menos que continuar por modos en cierta manera artificiosos la antigua fuerza poética de los trovadores. Eran estos, compositores de piezas versificadas a las que solían poner música. Su carácter de creadores les separaba —además de su desinterés—, de los simples juglares que se limitaban a recitar lo compuesto por otros. Los trovadores son los primeros poetas cultos tras las invasiones y florecieron en la entonces culta Provenza, si bien hubo trovadores en todas partes donde se hablaba alguna de las variantes de la lengua de oc. La época de estos trovadores va desde el siglo XI hasta principios del XIII, siendo el XII el siglo de oro de tal poesía. El año de 1213, con la desastrosa batalla de Muret, marca el fin del apogeo provenzal y, con tal decadencia, empieza también la de la poesía trovadoresca. A partir de este momento, más que trovadores propiamente dichos, existen los llamados discípulos de los trovadores, empeñados en mantener viva una noble tradición poética. Sin duda la fundación de los Juegos Florales en Tolosa en el año de 1323 no es más que uno de tantos intentos —por su misma magnificencia más famoso—, por volver al antiguo esplendor trovadoresco. El Consistorio de la Gaya Ciencia venía a ser “una especie de Academia poética, siendo llamado en el siglo siguiente Consistorio de los Juegos Florales”. (Antoni Rovira i Virgili: *História Nacional de Catalunya*, V. VI. Barcelona, en publicación desde el año de 1922). El rey Joan I introdujo esta fiesta en Cataluña facultando en 1393 “a los poetas Lluís d’Aversó y Jaume March para que estableciesen en Barcelona una Academia de la Gaya Ciencia por el estilo de las Academias de Tolosa y París”. (Idem) Celebráronse por vez primera en Barcelona el año de 1395, “con gran pompa y con asistencia de la corte y de la nobleza: la ciudad pagó los gastos y las joyas de la fiesta”.

Pero no debía ser muy grande el éxito de la poética solemnidad por cuanto el mismo historiador Rovira i Virgili nos dice: "El año de 1396 (19 de febrero) Joan I escribió a los consejeros de Barcelona rogándoles que pagasen las joyas como en el año anterior; pero contestaron, en el 15 de marzo, que a causa de los graves e insoportables agobios que pasa y por el poco mejoramiento que consigue con la citada Gaya Fiesta, las dichas joyas no sean pagadas por la ciudad, sino por quien así lo desee. Vemos pues que tal fiesta no tuvo el esplendor que algunos creen en sus llamados "buenos tiempos" y que fué siempre, tanto en Tolosa como en Barcelona, un simple coto cerrado donde los poetas se disponían a cazar algunas bellezas poéticas, en vez de hacerlo, como en mejores tiempos, a campo abierto. Su carácter artificioso está en sus mismos orígenes y nunca supo desprenderse de él.

Se celebraban, generalmente, en algún jardín o en algún palacio. Los poetas eran premiados con flores de oro o plata y de aquí viene el nombre de florales dado a tales certámenes. Intentaban dedicarse al cultivo de una especie de ciencia de la belleza literaria —lo que hoy llamaríamos estética—, más que a la poesía misma. No hay más que ver el número de tratados de versificación que la "escuela de Tortosa" produjo.

El renacimiento catalán, exaltado por la idea romántica e inexacta de que tanto los Juegos Florales de Tolosa como los de Barcelona habían representado épocas de grande esplendor poético, contó con hombres dispuestos a la restauración de los certámenes medievales. Se ponía una infinita fe en estas renacidas competencias en cuanto al futuro de la poesía catalana. Victor Balaguer —uno de los más entusiastas—, llegó a fundar un periódico en el año de 1851 dedicado a esta idea: la restauración de los Juegos Florales. La publicación se titulaba simbólicamente *La Violeta de Oro*. Diez años antes Rubió y Ors, en el prólogo a su *Gayter del Llobregat* (1841) pedía también esta restauración. Por fin, maduras ya las opiniones, dirigióse un escrito al Ayuntamiento de Barcelona (9 de marzo de 1859) para que tal fiesta fuésete instituída. Así lo conce-

dió el Ayuntamiento y en mayo del mismo año celebrábanse los primeros Juegos Florales restaurados. Tenemos el relato de esta primera fiesta en algunas versiones, pero vamos a citar el artículo de Terenci Thos y Codina —publicado en la *Revista de Catalunya*, volum I, año 1862) quien nos comunica algo de la trémula veneración con que se inició el acto: “Era el día 19 del mes de marzo del año de gracia mil ochocientos cincuenta y nueve, cuando siete hombres de buen corazón, ricos en ciencia y en virtudes, en nombre de la Fe, de la Patria del Amor,”... “convocaron a los poetas de todas las tierras de la antigua Corona de Aragón, y de todas las tierras donde nuestra lengua literaria fuese conocida o hablada, ofreciéndoles, como pago a sus trobas, tres flores...”.

Se había dado pues, el gran paso: la restauración de los Juegos Florales de la Lengua Catalana, o mejor, según la opinión de los que tal hicieron, la restauración nada menos que de la antigua poesía catalana.

La importancia que tales Juegos Florales tuvieron para Guimerá fué muy grande. “Pero si fueron los Juegos Florales de Barcelona con su exclusiva e íntima fuerza los que dieron cuerpo en su nacimiento a la gloriosa protesta que ya hoy se ha hecho suya la tierra entera, otro elemento... ha venido a centuplicar las energías de nuestro corazón... y en la incesante y cruel persecución de todo lo que es genuino de la Patria”. (Juegos Florales de Barcelona, 5 de mayo del 1889). Vemos pues, claramente manifestado, que para Guimerá los Juegos Florales son, más que una palestra literaria, el lugar destacado desde el cual se lanza a los cuatro vientos “la gloriosa protesta”. Más diáfano lo expresa en otra ocasión al decir: “los certámenes literarios de nuestra Tierra son también manifestaciones explícitas y siempre conscientes de este nobilísimo sentimiento de patria”. (31 de agosto de 1893, Discurso en Vilafranca del Penedés). Guimerá pues no cae en el engaño de creer, como tantos otros, en la exclusiva misión poética de los Juegos Florales sino que sabe ver en ellos el arma política y de agitación que conviene en aquel momento a la situación de las ideas nacionalistas en Cataluña. Por ello dice: “los ac-

tuales certámenes quieren decir en voz clarísima que está en pie el despertar autonómico de la Tierra Catalana". (Idem). Por tanto, para Guimerá la competencia literaria que se celebra cada primavera en Barcelona es la ocasión de lanzar a toda Cataluña el mensaje de la hora. Y no sólo en Barcelona sino que, al celebrarse luego Juegos Florales en todos los pueblos de alguna importancia de Cataluña, entonces la literatura en lengua vernácula, al ser "enaltecida por todas las ciudades y villas de más fama del país por medio de estos certámenes, hace de héraido avanzado de la moderna cruzada para la regeneración de Cataluña". (Discurso del 18 de mayo del 1890).

Es interesante asistir al desarrollo de estas ideas de Guimerá pues vemos al dramaturgo lúcidamente consciente de la misión de unas fiestas que, miradas desde otro punto de vista, poco o nada contribuyeron a la creación de una verdadera poesía. Su misión era otra —propagar el ideal del renacimiento catalán—, y hay que decir que supo llenarla cabalmente. Es inútil hablar despectivamente de tal misión pues, ¿acaso no es algo grandioso levantar en vilo un país decadente, que ni siquiera tiene memoria de sus hechos gloriosos, que yace sin conciencia de su propia personalidad, como un demente o un ebrio? Por ello en los Juegos Florales —nos dice Guimerá—, "se enaltece con las galas de la poesía, con la severidad de la prosa, cuanto ha contribuído a dar vida a la nación, a esa Patria hoy desventurada, sacando del olvido sus gloriosas hazañas, descubriendo sus perdidos monumentos, cambiándose olvidadas costumbres y haciendo votos por su próxima y completa resurrección entre los pueblos libres (Discurso 31 de agosto, 1893). Los Juegos Florales cumplen, pues, una función de enlace entre lo pasado, lo presente y hasta lo porvenir, al cual se alude a menudo a través de los cálidos elogios de Guimerá a la Fiesta. Sobre esta idea insiste a menudo, y así explica su concepto de los literatos de su tiempo que "ya no son como los escritores de antaño, que lloraban sobre una sepultura la Cataluña muerta, sino que vienen a dar palabras de bienvenida a la Cataluña del presente que sabrá

procurar para su mañana". (Discurso del 27 de julio de 1887, en el Vendrell).

Esto lleva a Guimerá a mostrar un concepto quizá influido por sus intenciones políticas de la poesía. Es decir, si alguna insistencia hay en Guimerá en cuanto al enfoque de los Juegos Florales, no es ciertamente una exageración de su valor poético o literario en general, sino, al contrario, al dar la primacía a su misión política y hasta podríamos decir revolucionaria, nos presenta un tipo de poesía algo limitada en cuanto a su sentido íntimo.

Veamos primero el temario de tal poesía, según Guimerá: "Tras la poesía en que se describe la fiesta mayor, la doncella enamorada, las faenas del campo en la siega y en la vendimia, la salutación a la ermita, la batalla ganada o perdida por nuestros héroes, tras toda esa diversidad de sentimientos poéticos, ha visto, compadeciéndose de ello, a un pueblo infortunado que se ha nutrido de su propia vida, que se ve ultrajado en sus más íntimos amores, y más sagrados de su alma, comprende que este pueblo quiera volver a ser dueño de su pasado y sueña, cada día y cada hora más añorante, con tanta gloria y tanta grandeza miserablemente perdidas". (Discurso 18 de mayo, 1890).

Veía Guimerá la poesía como una de esas representaciones en piedra, donde la abstracción del símbolo acaba por hurtar a lo representado todo contenido. "La poesía, señores, yo la veo representada en Cataluña por una matrona de buen aire y bien plantada: de rostro moreno y de cabellera que comienza a blanquear; de ojos asaetadores que enamoran y recelan, dados como están ahora a las lágrimas y al relampagueo de la ira". (Discurso del 12 de mayo de 1895, en Lérida). La poesía era así y no podía ser de otro modo para Guimerá, en Cataluña, como aclara muy bien, y si se refiere, como sin duda lo hacía, a la poesía objetiva y patriótica, a la poesía dada a cantar lo épico para despertar al pueblo; Guimerá tenía razón. Llega incluso a una identificación de poesía y Cataluña sumamente interesante para calar hasta lo más hondo en el sentido patriótico de Guimerá. Con su habitual contundencia, nos dice: "La poesía sobre esta tierra y en el corazón de esta raza,

es y no puede ser otra cosa que la Tierra y la raza misma". Y luego, remacha su idea: "nuestra poesía, con todas sus alegrías y tristezas, con todas sus humillaciones y grandezas, con todos sus desfallecimientos y esperanzadas energías, es Cataluña".

Si se tiene en cuenta que Guimerá no era un poeta lírico y que en tal vena nunca surgió muy alto ni caló muy hondo, si se medita en que su carácter dominante fué el de poeta trágico, se comprenderá que esta sujeción que impone a la poesía —por otra parte completamente de acuerdo con lo que ocurría en su tiempo—, y hasta si se quiere este utilitarismo patriótico era una de tantas manifestaciones de su encendida pasión por su país de adopción al que amó con amor de neófito y con fanatismo de convertido.

No tardaría en hacer irrupción un nuevo concepto de la poesía, pero, en su momento, el llamado por Nicolau d'Olwer "optimismo Floralista" (Obra citada), fué necesario y útil.

— 7 —

### IDEAS DE GUIMERA SOBRE LA "RENAIXENCA"

"El hecho de que la lengua catalana pueda formar palabras de significado idéntico o parecido —según los casos —por medio de los sufijos *ment* y *enca* y *anca* (por ejemplo *creixement* o *creixenca*, crecimiento), hace que con el vocablo *Renaixement* los catalanes señalemos aquel movimiento universal, aquel Renacimiento europeo que, dando sentido a la llamada Edad Moderna, irradió desde Italia al mundo entero. En cambio, al recobro de la conciencia y voluntad política y cultural de Cataluña en el siglo pasado, lo distinguimos con el nombre de *Renaixenca*. En una palabra, *Renaixement* y *Renaixenca* son a la historia de Cataluña lo que el *Rinascimento* y el *Risorgimento* a la de Italia".

“Como el idioma castellano no se presta a tan cómoda distinción, advertimos que siempre que se hable de Renacimiento en este artículo, nos referimos al despertar político, social, económico, técnico, militar, etc.; pero principalmente al cultural y literario de Cataluña en el siglo XIX”.

Nos hemos permitido copiar nuestras propias palabras en el artículo dedicado al centenario de Jacinto Verdaguer en la *Revista de Filosofía y Letras* (núm. 20, octubre-diciembre, 1945) pues ellas explican el sentido en que vamos a usar aquí la palabra renacimiento:

\* \* \*

Pero antes de entrar de lleno en el examen de las ideas de Guimerá acerca de tan interesante fenómeno, bueno será anticipar algunas informaciones generales para estar en antecedentes. Desde la incorporación de la Corona Catalana a la Castellana —pese a la autonomía relativa de la primera—, es decir 1516 en que el Emperador Carlos I de España se ciñe las dos, hasta el año de 1789 en que estalla la Revolución francesa, Cataluña vive un período histórico conocido con el nombre de **Decadencia**. Durante este tiempo, los países de habla catalana se despueblan —todos ellos no suman más allá de 600,000 habitantes—, sufren guerras para defender sus libertades como la de los Segadores (1649-1653) y la de Sucesión (1705-1716) que arrebató a Cataluña, Valencia y Baleares su autonomía política. Los países de habla catalana son desmilitarizados. Pero estos hechos políticos y militares, son a más que el origen, otras tantas señales de decadencia y, si se quiere, sus fatales consecuencias. La decadencia general de las naciones mediterráneas —Grecia en poder de los turcos, Italia de varias potencias, Provenza de los franceses, Cataluña de los intereses castellanos—, y el apogeo de las potencias oceánicas contribuyen a la triste situación. Cataluña, Valencia y Baleares son entonces países pobres, carcomidos por el bandolerismo o las luchas interiores y donde los talentos propios —que no faltan—, no permanecen en el país a causa de su postrada situación. Vives, Boscán, Garret,

los Borja, Ribera son hombres de altísimo talento en su especialidad, pero todos se dispersan y dan su esfuerzo a otras culturas.

El día 12 de octubre de 1778 el rey Carlos III extendía el Decreto de libre comercio con América por parte de algunos puertos que antes se habían visto privados de este beneficio —entre ellos todos los de la antigua Confederación Catalano-Aragonesa—; y esta fecha será decisiva para romper el círculo de la decadencia de los países de habla catalana, pues, desde este momento, al producirse una prosperidad material bastante notable, los hombres de talento ya podrán pensar en fijarse en el país y contribuir así a su levantamiento. Unas cifras ayudarán a formarse una idea del bien que la medida de Carlos III hizo a Cataluña: en 1714 contaba sólo con 400,000 habitantes que pasan a . . . . 800,000 unos ochenta años más tarde. Y todos los Países de Lengua catalana que en la misma fecha a penas si llegan a 800,000, alcanzan en los citados ochenta años un progreso enorme pues son ya 1.500,000 hombres. Barcelona pasa de 30,000 a 100,000 habitantes. La marina de comercio catalana que en 1779 contaba con escasas 70 fragatas ve en sus puertos y en las rutas de todos los mares más de 200 sólo en 1792. A partir de este momento, la filosofía francesa del siglo XVIII penetra en Cataluña, Valencia y Baleares con una extremada rapidez y da la batalla al letal lulismo en que decaían las universidades catalanas. La historia deja la forma de crónica propia de la Edad Media y ensaya sus nuevos métodos críticos en la magnífica obra de un Campeny (1742-1813). Aragó, Orfila, Alí Bey, Gimbernat contribuyen en todos los países de habla catalana a la ciencia universal bien que empleando el francés o el castellano para su expresión. Campeny en la escultura, Flaugier en la pintura enlazan las grandes tradiciones artísticas catalanas con los nuevos tiempos de arte neoclásico. Ha cesado el estancamiento económico, científico, histórico, filosófico. A partir de tal momento, sólo se trata de esperar unos años para que el renacimiento propiamente dicho sea visible y alcance la forma más tardía —a causa del



empobrecimiento del idioma—, que es el resurgir literario del catalán.

Las guerras de 1793-95 y de 1808-14 marcan el comienzo de una nueva preocupación por el olvidado idioma. Poesías en lengua catalana tratan de levantar el espíritu de un país desmilitarizado completamente desde 1714 y en los vivaques, en los campamentos, se leen poemas, romances, se interpretan comedias en un catalán que todavía huele a pólvora y sabe a áspero condimento castrense, pero el impulso ya está dado. La modorra ha sido sacudida a cañonazos.

Aparecen, no sólo poemas, sino que la primera gramática catalana impresa —la de Josep Pau Ballot (1754-1821)—, ve la luz pública en 1814. Por otra parte, Antoni Puigblanch (1775-1841), además de unas Anacreónticas perdidas, publica hacia 1815 su poema *Lo Temple de la Glòria* que es el primer texto literario de la nueva época. Infinitamente superior por su valor poético es la *Oda* de Aribau, publicada en 1833, que, quizá por esta razón, pasa por ser el primer testimonio poético de la *Renaixença*.

Entre 1789 y 1833 existe, pues, una literatura catalana, completa en sus géneros —lírico, narrativo, dramático y didáctico—, y por ello, resulta muy difícil defender que Aribau fuera el iniciador de un renacimiento que, si bien de poca calidad literaria aún, estaba ya en marcha y aparecía completo en cuanto a la literatura se refiere. Por ello, ateniéndonos a las ideas expuestas en un trabajo inédito de Joan Sales (*La Revisió dels Orígens de la Renaixença*, 1789-1833), creemos que debe considerarse el origen del renacimiento catalán en el año de 1789, que tiene además la enorme ventaja de ser una fecha perteneciente a la historia universal y de referirse a un acontecimiento de tanta importancia como el comienzo de la Revolución Francesa. No todos los críticos literarios fueron de este parecer y, por ejemplo, citaré unas palabras de Manuel de Montoliu que son completamente contrarias a esta interpretación: "La guerra de la independencia con su secuela de miserias y sufrimientos, vino, no a desviar, sino a detener absolutamente el movimiento ascensional iniciado en

Cataluña en el siglo XVIII". (Manuel de Montoliu - *Manual d'História Crítica de la Literatura Catalana Moderna - Primera Part 1823-1900* - Barcelona, MCMXXII).

Vamos ahora a examinar cuáles fueron las opiniones de Guimerá a propósito del movimiento renaciente catalán.

En los siglos de decadencia —nos recuerda Guimerá— si bien la expresión escrita tomó forma en castellano en todos los países de habla catalana, en cambio, la lengua vernácula "era la única hablada" y ello sin interrupción alguna. (Discurso de Presidencia en el Ateneo Barcelonés del 30 de noviembre de 1895). No quiere esto decir que no existiera una literatura en catalán durante todo este tiempo, pero, tanto por su fondo como por su forma, era una señal más de la decadencia. Guimerá, al hablar de las causas que determinaron el renacimiento, alude como todos a la prosperidad material, a la "industria moviendo sus máquinas" al "comercio convirtiéndose en transportador general de cuanto entra o sale de España", (30 nov. 1895); tampoco deja de referirse "al entusiasmo de un Campmany y más acá de Piferrer, precursores, sin sospecharlo, de la restauración de cuanto se refiere a Cataluña". (Discurso 30 nov. 1895). Manuel de Montoliu, en su *Manual* citado habla también del comercio y de la industria y de la pasión histórica, pero, donde el crítico pone "la instrucción general", Guimerá nos sorprende con esta manifestación que equivale a concebir el renacimiento como voluntad: "En la vida de los pueblos quien quiere vivir, tiene razón de vivir". (Discurso 2 de julio, 1893, en Ripoll).

En cuanto a la chispa que prende esta predispuesta pira de favorables circunstancias, Guimerá no vacilará en señalarla con una insistencia, una pasión y un empeño tozudos. Veamos algunas citas a este propósito: "Y, en medio del terremoto espantoso de la guerra francesa, trató Cataluña de levantar la frente que con tanta humillación traía agobiada y recobrar así la perdida grandeza... Libre el catalán como en mejores días de gloria, despertaba el hierro en sus manos al toque de *sometent* de sus campanas. Libres e independientes se declararon las juntas

de Defensa de la tierra; y el corazón de todos los hijos de neto linaje catalán estremeciéndose de júbilo al reunirse en un Parlamento en Tarragona, donde, por última vez hasta nuestros días, los diputados de aquel parlamento juraron respetar y hacer respetar y defender los fueros, constituciones y libertades de Cataluña. Pero, terminóse la guerra y los héroes del Bruc y de Gerona vieron pagado su martirio tornándose con más furor aún a la persecución de toda la patria". Vemos pues, que, según Guimerá, la guerra de la independencia hace estallar el gran polvorín catalán, tanto despertando nuevamente las mal dormidas virtudes guerreras de la raza, como poniendo en pie las instituciones parlamentarias propias, doble efecto éste, de acción y de legalidad, que tuvo sin duda enorme trascendencia para un país que había perdido, si no la fe en sí mismo, por lo menos la voluntad casi de defenderse, tanto por vías de violencia como por senderos de paz. Pero sigamos estos acontecimientos: "este país despertó de súbito de su tan larga postración, al oír el rebramar de los cañones en el corazón de las hondonadas de los Pirineos y volvió a escuchar, como en tiempos de su soberana grandeza, el clamor de los clarines y griterío de aquellos mismos soldados franceses enemigos suyos en tantas batallas. Y por un momento, señores, al comenzar este siglo, vióse otra vez a Cataluña desenvolver la polvorienta bandera encima de sus llanados y de sus montañas, defendiendo como pobre hambriento la migaja de independencia que todavía tenía por suya; y, soñando que nuevamente revivía el pasado, vióse la convocando con ardor a parlamento a sus hijos en el amurallado recinto de Tarragona". (30, nov. 1895). No sólo se recuerda, pues, el pasado, sino que el país 'despierta". Más claramente lo dice algo más allá: "Y ya no volvió al sepulcro aquel espíritu de raza. El camino ya había sido abierto, el recuerdo había vuelto a los hombres". (Idem). Guimerá ve ya en movimiento el país, pero algunos dudaron: "De avivamiento de la muerte, de ensueño o locura de cuatro mentes fantasiosas fueron calificadas las vivas muestras de despertar que ya en otro orden de ideas se sucedieron en la gran epopeya de la inde-

pendencia". Luego acaba su pensamiento con estas palabras: "Pero si no era de extrañar la poca fe en el renacimiento de la Tierra Catalana por parte de gentes de espíritu vulgar, lo era y mucho cuando la incredulidad la manifestaban ciertos hombres pensadores". He aquí una oposición que a menudo desconcierta en estos fenómenos históricos: los más sabios y preparados no siempre son los más dispuestos a aceptar estos milagros de la vitalidad de un pueblo y, engañados por el juego de posibilidades puramente racionales y previsibles, desdeñan los factores pasionales, los de voluntad, que, como hemos visto, tenían para Guimerá tanta importancia. En cambio, Guimerá, hombre de pasión si los hubo, ve en el desbordamiento y en el frenesí de la Guerra de la Independencia de todas las Españas contra el común enemigo —el francés—, el principio de una nueva vida. "I el estrépito de escopetas y trabucos y la llamada del sometent llevaron, de montaña en montaña, hasta los Pirineos, hasta el mar y hasta más allá del Ebro, la nueva de este súbito renacimiento y de cómo los pueblos debían festejar su arribo". (Centre Igualadí de la Classe Obrera, 10 agosto, 1882).

\* \* \*

El impulso renacentista catalán, según Guimerá, comienza con las guerras contra los franceses, tanto de la Revolución como del Imperio. Pero, ¿qué había en el fondo de esta agitación exterior? ¿qué era lo que daba fuerza a esta vida nueva? El amor a lo propio, nos dirá Guimerá. En la guerra o mejor en las guerras de Independencia, estaba ya presente la gran fuerza de amor al país que más tarde tomará un nombre preciso: catalanismo. En otro ensayo examinaremos qué era para Guimerá el catalanismo. Ahora, en cuanto a su fuerza amorosa, constructiva, podemos decir que Guimerá le veía ya presente en aquellos días de lucha y de tensión, en aquellos momentos agitados de nacimiento y de brutal afirmación de vida. Sobre este catalanismo nos dice que "aunque no se le conocía como a tal, palpaba en él la misma sangre catalanista" en la guerra

contra los franceses. Para Guimerá no existe, pues, aquella artificiosa división entre actitudes catalanistas y actitudes anticatalanistas, sino simplemente, catalanas, dondequiera que haya un gesto de amor al país, se revista del lenguaje que quiera o adopte el ropaje exterior que le plazca. Por eso Guimerá no estaba de acuerdo con la condenación de la época de lucha contra Napoleón en Cataluña que algunos investigadores, como Lluís Nicolau d'Olwer (*Manual de Literatura Catalana*), han hecho más tarde. Al referirse este crítico a los esfuerzos que el Gobierno Imperial había hecho en Cataluña para restablecer cierto *Govern de Catalunya* "agregado al Imperio Francés", y al Decreto de 19 de marzo de 1810 en el cual se daba oficialidad a la lengua catalana, nos dice: "Sin embargo, los catalanes preferían hablar español bajo el vergonzoso despotismo de Fernando VII, que hablar su propia lengua amparados por el glorioso emperador de Francia". Esta condenación por la actitud de los catalanes de aquella hora parécenos muy injusta pues, en primer lugar, los catalanes nunca dejaron de hablar su propia lengua —lo que no hacían era dedicarla a empresas literarias—, y, en segundo lugar, no nos parece tan fuera de razón y sentido su negativa a ser "amparados por el glorioso emperador de Francia". Si Cataluña carecía entonces de verdadero empuje para sostener sus derechos sin protectores de tan dudosa lealtad como lo era el ex patriota corso, hizo bien en ayudar a los restantes pueblos de las Españas en la cruenta lucha por su existencia. ¿Que entonces se defendía un concepto ya superado de la unidad peninsular? Quizá sea cierto, pero, al mismo tiempo, Cataluña, al declararse solidaria de los pueblos hispánicos en su lucha contra el común invasor, no sólo adquiriría títulos —por olvidados que fueran luego—, de su lealtad y fimeza, sino que, al negarse a unir su suerte a la entonces rutilante estrella del Emperador de los franceses, Cataluña daba en realidad la primera muestra moderna de sentido político. ¿Qué se hizo a los pocos años de tanto reino, ducado o principado creado por capricho de Napoleón? En cambio Cataluña, con su tozuda y aparentemente suicida lealtad hacia España, logró a la larga renacer de su propio olvido, al ver

reflejado, en el sangriento charco de las guerras de independencia, un rostro que empezaba a ignorar ella misma. Y se vió como fué siempre: batalladora, recia, musculosa y ávida de empezar un nuevo camino. Cataluña se lanzó a su modo —de la misma manera que se levantara, también a su modo, con impresionante tenacidad, tras de haber perdido su autonomía en 1714—; dió los primeros pasos algo vacilante y tuvo sus caídas, sufrió momentáneas cegueras y fugaces ensimismamientos y parálisis, pero por fin, al ver su verdadero camino, lo sigue con digna tenacidad.

En el terreno literario ocurrió lo propio. Si “alrededor de 1800 aparecen algunas obras producidas con finalidad artística, es decir, desinteresada”, si “cualquiera que fuera su valor literario, demuestran el uso consciente de la lengua como instrumento literario”, los hechos bélicos posteriores no detienen esta marcha, como quieren algunos, sino que Cataluña prosigue su renacimiento aunque por caminos aparentemente extraviados. “El triunfo del romanticismo produce la reacción curiosa de crear en Cataluña la primera escuela literaria en lengua castellana, aunque de espíritu netamente catalán”, nos dice Nicolau d’Olwer. Pero, el mismo autor nos aclara: “El movimiento romántico habría sido falso si no hubiese sacado todas las posibles consecuencias de sus principios: si alejándose de la artificialidad neoclásica en el orden literario, hubiese consagrado el artificio en el orden lingüístico; si, entusiasta de cuanto tiene aire popular, hubiese olvidado lo que refleja el alma del pueblo”. (Nicolau d’Olwer, Obra citada). El mismo hecho de crearse en Cataluña “la primera escuela literaria en lengua castellana”, como nos dice Nicolau d’Olwer, era quizá necesario para advertir a futuros escritores de la inanidad de un esfuerzo dirigido por esos perdidos vericuetos. Si talentos de la reciedumbre de Cabanyes y Piferrer no logran hacer medrar la plantita artificial del cultivo en castellano de la literatura, ¿qué lograrán otros menos dotados? ¿cuál será el futuro y el destino de escritores que olviden tan sabia lección? La escuela romántica en lengua castellana es la demostración de que, si fué la primera tentativa en tal sentido, debe también ser la última. Eso era

cierto entonces, pero, tras Verdaguer, Guimerá, para citar sólo los dos mayores, la vanidad de alzar capillitas literarias en Cataluña cuyo idioma no sea el catalán es tan aparente como la fatuidad de los que lo intenten.

Poco a poco ese renacimiento cobra conciencia de su propio camino. Trata de ver en qué consiste su misión. Tras la agitación bélica, el cultivo de la poesía atraerá lo mejor de sus energías. Son preocupaciones esenciales al renacimiento catalán del siglo XIX reverenciar “la historia, la lengua, las leyes, las costumbres y cuanto constituye naturaleza y vida propia de este país”, nos dice Guimerá hablando de la creación de esta conciencia renacentista en su Discurso del 15 de Septiembre de 1901, en Sant Feliu de Codines. La fuerza pacífica de este renacimiento la señala Guimerá al decir: “en cambio hoy día, sin disparar un solo fusil ni levantar una sola barricada, la causa de Cataluña se fortifica y expande por doquier”. (Idem). Y, en cuanto a lo que quedaba por hacer, Guimerá no cree que sea poco ni tampoco fácil. “Mucho es lo que se ha llevado a cabo, pero cuanto se ha hecho no es nada si se compara con lo que todavía nos falta” (Discurso en la restauración de Ripoll del 2 de julio de 1893). Este sentido futurista, encaminado a logros por venir, es lo que da al renacimiento catalán esa tranquila fuerza que asegura sus sucesivas conquistas y le prepara a nuevos avances.

— 8 —

## EL CATALANISMO

Antes de entrar de lleno en la exposición del pensamiento de Guimerá en relación con el sentimiento o doctrina catalanista, no será ocioso explicar brevemente el nacimiento, evolución y pleno desarrollo de uno de los movimientos más importantes —tanto en el terreno de la teoría como en el de la práctica—, en la historia peninsular de los últi-

mos tiempos. Nos valdremos para esta sumaria exposición del libro de Prat de la Riba, *La Nacionalitat Catalana*, por contener interesantísimas noticias sobre el tema, especialmente en sus capítulos II, III, IV y VIII. Hemos utilizado la edición de la "Biblioteca Catalana" (México, D. F. - MCM-XLVII).

Vamos a asistir, pues, a la evolución de la conciencia colectiva de los catalanes en cuanto a su sentimiento de patria. Iniciada ya la resurrección de todas las actividades de Cataluña a finales del siglo XVIII, y, sobre todo, a principios del XIX, veremos como el recobro de la conciencia política, es, con mucho, la obra más lenta, contradictoria y violenta a un tiempo del Renacimiento catalán.

#### a) Provincialismo

Perdida la memoria de la antigua existencia propia, Cataluña se halla vegetando en la concepción mecánica del Estado, flotando a la deriva en la tan traída y llevada "nave de las comparaciones retóricas". En tal concepción, la provincia no tiene substancia propia, no es siquiera una parte del Estado —que se equipara justa o injustamente con la nación—, sino un fragmento, un pedazo del territorio que administra el gobierno. Cuando existe un real provincialismo, la provincia se halla satisfecha de su condición de tal y está empeñada —si algún empeño tiene—, en poseer y mantener sus distintivos de provincia. Le interesa más que nada en el mundo que no le quiten una capitanía, que le conserven una Audiencia y se agita de júbilo si hay rumores de que el Estado quiere fundar en ella una fábrica de municiones o una academia militar. Prat de la Riba nos dice que "el provincialismo nunca tomó en Cataluña tal forma". Y más adelante explica su pensamiento así: "El provincialismo de Cataluña, glosado por Balma y por los primeros presidentes de los Juegos Florales restaurados, es un provincialismo preñado de radicales reivindicaciones". Estamos en la primera mitad del siglo XIX y se intenta justificar el amor a la llamada "provincia" con el aforismo: "Quien no ama a su provincia, no puede querer a la Nación".



Este aforismo resume la posición provincialista y con él trata de defenderse de la malquerencia del Estado que intenta identificarse con el concepto nación. Se comprende que si sólo se tratara de verdadero provincialismo, el Estado nunca se hubiera mostrado celoso de tal amor, pero, desde los primeros momentos, las suspicacias que en Madrid levantó este espíritu provincial demuestra, más que argumento alguno, que no se trataba en realidad de provincialismo, sino de algo más. De cualquier modo, en esta época, reina una confusión tan grande en Cataluña, que, al referirse algunos de sus escritores de entonces a "nuestros" clásicos" no están pensando ni en Ramon Llull ni en Ausias March, sino en los clásicos castellanos.

Poco a poco, insensiblemente casi, se abre paso la idea de una dualidad, de una coexistencia de dos culturas yuxtapuestas. El hecho es raro y se busca una explicación. Se pretende hallarla en una nueva fórmula. En el primer período del provincialismo se echó mano al aforismo de **quien no ama...** ahora se habla de "armonizar la variedad en la unidad". Argumento éste, espigado por los campos de la estética alemana "con injerto de sabor teológico y con analogías buscadas en el dogma católico de la Trinidad". Pero todo ello, nos dice Prat de la Riba, "no pasaba de una vaga y estéril poetización. Quería probar tanto que no probaba nada". Sin embargo, esta concepción, o, mejor, este compromiso, ayudó al decir del estadista catalán como "venerable cayado" para "subir la cuesta de nuestro Renacimiento".

Por fin la escuela histórica del derecho, el krausismo, el positivismo, brindaron nuevos refuerzos a esta posición intermedia. Las comparaciones de la sociedad con el organismo, la supuesta colaboración de los diversos órganos no llegaban, sin embargo, a resolver la oposición. Más adelante se pasa a hablar de "diversas unidades orgánicas más o menos superpuestas, pero con propia personalidad". Pero la supuesta ley del crecimiento de los sentimientos falla pues no siempre pierde intensidad el sentimiento patriótico al ganar en extensión. Si queremos más a la familia que al municipio y a éste más que a la comarca, o a la provincia,

amamos infinitamente más a la nación que a las dos últimas entidades que, en muchos casos, nada nos dicen.

### b) Regionalismo Incipiente

En el año de 1833 España es dividida en provincias de tipo administrativo. Por tanto, la palabra provincialismo pierde su valor emotivo ya que, estas nuevas "provincias" nada tenían que ver con los antiguos reinos independientes, Castilla, Cataluña, Navarra, etc., pues tales regiones se disgregaban en un número mayor o menor de provincias de tipo simplemente administrativo. Empezó entonces a sonar la palabra **región** para designar la entidad histórica que la ley venía a fragmentar. En esta nueva fase de tipo regionalista "la bifurcación del alma catalana tiende a desaparecer". Sin embargo, al usar aquí la palabra "regionalista" hay que hacerlo con suma cautela pues como advierte sagazmente Prat de la Riba, de "este regionalismo incipiente", "...al regionalismo político y administrativo de fisonomía federalista, el ciclo de modalidades y matices va pasando del dualismo psicológico a la afirmación unitaria de la personalidad catalana, levadura del nacionalismo".

Hemos de ver en esta etapa, más que una división nítida, "un período caótico, de incoherencias, contradicciones y vaguedades, en plena coexistencia de todas las concepciones y doctrinas, como si todas quisiesen tornarse actuales para contribuir al advenimiento de la síntesis".

### c) Particularismo

El escritor que más trabajó para lograr esta síntesis fué, sin duda, Valentí Almirall (1840-1904), en su obra **Lo Catalanisme** (1886) donde "la corriente formalista, externa, exclusivamente jurídica del federalismo", trató de fundirse con "la fuente fecunda del sentimiento catalán fortificado por la corriente histórica y literaria". Pero, al formular su teoría, el **particularismo**, no llega a fundir armónicamente esos dos elementos. La falla capital del particularismo, es, según Prat de la Riba, la misma que la del

federalismo: opera mecánicamente, desde arriba, sin distinguir entre elementos vivos y muertos. Como dice acertadamente: “nos dan el contrato, pero se olvidan de las partes contratantes que han de firmarlo”. Para Almirall los Estados miembros del Estado compuesto, deberán ser las grandes regiones que fueran un día reinos independientes. Por este sistema artificial se separaba, por ejemplo, a Castilla de León y de Extremadura, y, en cambio, no se unía a Cataluña, Valencia y Baleares. Con todo, los defensores de este sistema, al comprender oscuramente que defendían un formalismo muerto, “invocaban al mismo tiempo argumentos fundados en consideraciones étnicas, lingüísticas, argumentos dislocados que suponían un concepto étnico de la región”. Por ejemplo, pese a su frío federalismo, Almirall no pudo “sustraerse a la diferenciación honda entre lo que él llama el grupo castellano y el grupo catalán, o sea, regiones de habla castellana y regiones de habla catalana (Cataluña, Valencia y Baleares).

#### d) Regionalismo Propiamente Dicho

Prodúcese más tarde una violenta reacción en favor de lo propio acompañada de una vigorosa protesta contra el grupo políticamente dominante en la Península: el grupo de habla castellana. Prat de la Riba dice que el momento culminante de este período es el Discurso de Guimerá en los Juegos Florales del año 1889. En esta etapa se empieza una sistemática alabanza de lo catalán y una no menos sistemática crítica de lo castellano. “Tanto como exageramos la apología de lo nuestro, rebajamos y menospreciamos todo lo castellano, a mansalva, sin medida”.

De este juego de afirmaciones y negaciones, y pese a más de una contradicción, sale definida Cataluña, “en su fisonomía moral, en su ser psicológico”. Y luego Prat de la Riba resume el sentido de toda esta etapa: “La obra de estos hombres no fué una teoría, ni una doctrina, ni siquiera un programa; fué un sentimiento, el sentimiento de patria, el catalanismo”.



### e) Catalanismo

El catalanismo "contenía, como la semilla contiene el árbol, el programa y la doctrina y la teoría". La generación de Prat de la Riba será la llamada a hacer fructificar esa semilla. "Tal es la filiación de nuestra doctrina. No son los equilibrios más o menos ingeniosos del federalismo; no son las vagas descentralizaciones que nos tienen muy sin cuidado; no son la bondad y la belleza de nuestra, costumbres; ni las ventajas de nuestro derecho, ni las virtudes y valor de nuestro idioma; no son los anhelos de buen gobierno y de administración civilizada. Es Cataluña, es el sentimiento de patria catalana. Ser nosotros mismos, he aquí la cuestión. Ser catalanes".

### f) Nacionalismo

La formulación definitiva del nacionalismo —ya adivinado y hasta prefigurado en la anterior etapa—, se debió a un brillante grupo de universitarios catalanes, jóvenes reunidos en el llamado **Centre Escolar Catalanista**, asociación de estudiantes fundada en Barcelona en 1887. El mismo Prat de la Riba nos cuenta el sucesivo afirmamiento de la idea nacional, a través de los estudios de Duran i Ventosa, Puigi Cadafalch y suyos propios. Menudean las campañas periódicas, las conferencias, toda clase de propaganda en fin. La teoría nacionalista está ya en marcha; al publicarse en 1906 *La Nacionalitat Catalana*, Prat de la Riba sólo da en un cuerpo, estructurado, brillantemente expuesto, lo que desde la fundación del **Centre Escolar Catalanista** se había pensado, dicho y escrito en un modo disperso. "La aspiración de un pueblo a tener política propia, a poseer un Estado, es la fórmula política del nacionalismo". "A cada Nación un Estado, ésta es la fórmula sintética del nacionalismo político". Tal nacionalismo, en cuanto es aspiración a la existencia política, nada tiene que ver, de una parte con las tendencias imperialistas y agresivas de ciertos Estados que insisten en dominar a otros grupos nacionales, ni se opone por la otra, en manera alguna, al más amplio

y generoso universalismo. Explicábalo Prat así: “La exigencia de la nacionalidad de tener un Estado propio, la exigencia del universalismo de constituir Estados mundiales, engendran como natural consecuencia la constitución del Estado de Estados, del Estado compuesto o Federación de Estados nacionales”.

He aquí brevemente expuesta la teoría que desde el bulbuciente y vago provincialismo nos lleva hasta la afirmación del nacionalismo moderno de Prat de la Riba. Sería un error suponer que estas sucesivas etapas se dan con absoluta claridad. Muchas veces los movimientos ideológicos van locamente superpuestos y, en su formulación, a menudo se mezclan ideas que triunfarán más tarde con restos de doctrinas abandonadas desde tiempo atrás. Lo mismo sucede con la terminología pues el **regionalismo**, el **catalanismo** no significan lo mismo para todos, especialmente en el terreno de la práctica. Pero, en líneas generales, la evolución ideológica es la apuntada. Hay que advertir, sin embargo, que, desde los primeros momentos existen personalidades aisladas, de gran potencia imaginativa y creadora, que se avanzan notablemente a su tiempo y por ello a veces no cabrían cronológicamente en las clasificaciones establecidas. Tómense pues, de un modo relativo, y, además, con valor sólo para la marcha general del pensamiento —para lo que hemos llamado la evolución de la conciencia colectiva—, y, por fin, téngase en cuenta que el mismo Prat de la Riba habló de la “revuelta incoherencia” del movimiento ideológico catalán de tipo político. Con tales salvedades, los anteriores datos quizá sirvan para comprender mejor a Guimerá, quien tiene una importancia extremada en la formulación definitiva del catalanismo.

\* \* \*

Guimerá pronunció los distintos discursos de los cuales hemos extraído su pensamiento político, en relación con el catalanismo, en años de agitación tanto en el terreno de las ideas como en el de los hechos. Ello quiere decir que sus reacciones ante el catalanismo no son ni mucho menos uni-

formes. Muchas veces le veremos adoptar posiciones, si no opuestas, por lo menos poco compatibles entre sí. Pero esta contradicción es una prueba más de la extrema agitación de aquellos días en que se gestaba una teoría para sentimientos que se experimentaban desde mucho tiempo atrás y a los que se buscaba una explicación, un fundamento y una autoridad posterior. Ello era natural y lo vimos explicado por Prat de la Riba, en el ansia que todos sentían por contribuir a la "síntesis final".

Vamos a examinar las diversas opiniones de Guimerá sobre el catalanismo. Recordemos lo dicho acerca del caos ideológico que pugnaba por aquietarse en un orden. Esto forma parte del selvático panorama intelectual de aquella época en Cataluña. Tanto interesa abrir un camino en esta selva, como contemplarla.

Concebida la Península como una superunidad, en la cual coexisten diversas nacionalidades con vida propia, es natural que se aspire a que tales grupos vivos, naturales, recobren su antigua y lozana vida. Por ello Guimerá dice que Catalanismo es, "el planeamiento de la autonomía de los Estados históricos" peninsulares. (Discurso de 9 de nov. 1889). Esto en cuanto a sus raíces en el pasado. En cuanto a una definición más dinámica del catalanismo, Guimerá la ofrece en su discurso del 31 de agosto de 1893, al decir: "El Regionalismo, tal como hoy se le considera, y concretándolo a nuestro país, el Catalanismo, no es otra cosa que el gobierno nuestro por gente nuestra y valiéndonos para ello de cuantas fuerzas están a nuestro alcance". Vamos a examinar este intento de definición. En primer lugar, según Guimerá, el regionalismo sería un movimiento general que en Cataluña toma el nombre de Catalanismo. El catalanismo no es pues una idea privativa de los catalanes sino la aplicación en Cataluña de algo universal en su esencia. "El mundo camina decididamente hacia el regionalismo: existe en Europa una corriente bien caracterizada que se va abriendo camino en todas las naciones". (Discurso del 29 de mayo de 1893). Esta afirmación no era gratuita si se piensa que la teoría de las nacionalidades intentó plasmarse en parte tras la primera guerra mundial,

1914-18, como resultado final de esta "corriente caracterizada" de que habla Guimerá ya en 1893. Sin duda se exageró en 1919, seguramente podían haberse soldado los intereses económicos de nacionalidades demasiado pequeñas en grandes unidades económicas, pero, estos y otros errores de la doctrina de las nacionalidades no disminuye nada el valor probativo de la profecía de Guimerá que es el intento de dar, en la medida de lo posible, un Estado a cada Nación precisamente veintiséis años después de lo afirmado por Guimerá. Por otra parte, el catalanismo no es para Guimerá algo rígido e incommovible, pues recordemos que al definirlo nos dice "tal como hoy se le considera", es decir, admite explícitamente que puede darse a la doctrina otro contenido, o, como veremos más adelante en boca del mismo Guimerá, llegar a su misma anulación, por superación.

Vemos que el catalanismo es una doctrina arrancada de la historia, pero que se propone vivir, actualizarse, seguir adelante. Pero, ¿cuáles son sus propósitos concretos? Guimerá responde a tal pregunta diciendo: "aspirar constantemente y desinteresadamente a hacer un país, a purificar una raza, a retornar, para su vida interior, su gobierno a una nacionalidad, a convertir en señor de un pueblo al mismo pueblo". En esta idea de restauración se piensa "en todo lo que le ha dado fisonomía propia y es compatible con el presente siglo". (Discurso en Valls de 10. febrero de 1883).

El catalanismo para Guimerá es, pues, un simple medio —así dice al pedir **por medio** del catalanismo. ... la restauración, etc. (Idem)—, para llevar a cabo la tarea histórica de restaurar un país y proporcionarle los medios necesarios a su vida, principalmente los órganos políticos y culturales que indiquen y refuercen a un tiempo su personalidad. Por ello el catalanismo no puede confundirse con un credo político, social o religioso. Aspira a ser más que otra cosa una condición de vida, un ambiente propicio, y, por ello, se veda todo afán partidista. "El catalanismo no es la prolongación de tal o cual partido político, sino una vieja idea, nueva al mismo tiempo, de raza y de pueblo, en

la cual caben los republicanos y los monárquicos, los creyentes y los que no lo son, pues, enderezado a reconstruir la nacionalidad, sería la mayor de las aberraciones pretender erigir una patria donde sólo se dejase vivir a los monárquicos o a los republicanos, a los librepensadores o a los católicos". (Discurso en Sants del 24 de agosto de 1901).

Pero otro carácter agudamente sentido por Guimerá fué el amor. El catalanismo es, sobre todo, una doctrina amorosa, una exaltación patriótica, una devoción sin límites al propio país. "Ser catalanista se funda en amar con entusiasmo, con fervor, con idolatría, a Cataluña; es considerar que aunque el mundo sea uno y que pertenezcamos a todo el mundo, pertenecemos más que a cosa alguna a ese pedazo de tierra donde vinimos a nacer, porque no caímos en él como cae una piedra, porque no somos cada uno de nosotros un ser aislado sin ayer y sin mañana, sino que somos el eslabón de una cadena de hombres, cuyos eslabones anteriores son nuestros padres y nuestros hijos los eslabones que han de seguir. Y nuestra carne y nuestros huesos vienen —y por ello son como son—, de este aire en que vivimos sumergidos y de este pedazo de tierra que nos sostiene y nos aguarda para que nos convirtamos nuevamente en lo que él es". (Discurso en Sants el 24 de agosto de 1901). Ese panteísta amor a la tierra, ese rechazo enérgico del individualismo, atomizador, este amoroso enlazarse a la sucesión de los hombres sobre determinada tierra, hacen de Guimerá uno de los que con mayor ímpetu han defendido en Cataluña el vínculo amoroso y cordial que es una patria. Virtud esa que "San Ambrosio bautizó con el dulce nombre de caridad de patria", como dice el doctor Josep Torras i Bages en *La Tradició Catalana*, (Vich, 1906, segunda edición, pag. 111).

Por ello podemos concluir diciendo que, siendo el amor la base real y eterna en que reposa la exaltación patriótica de Guimerá, el catalanismo por sí solo es una doctrina fugaz, ya que no es lo esencial, sino una especie de coraza protectora de más sutiles esencias. Que el catalanismo era algo simplemente histórico, que era, incluso, una señal de salud llegar a superarlo, que en su misma fugacidad resi-



diría en última instancia la suprema prueba de su eficacia, nos lo dice el mismo Guimerá. Aludiendo a una mayor plenitud, exclama: "Y entonces, ya no tendrá razón de ser el catalanismo, porque Cataluña, señora de sus destinos, será sólo catalana, como en mejores días". (Discurso del 4 de octubre de 1901, en Sarriá). Y, refiriéndose a ciertas demandas catalanistas, Guimerá exclama: "Esto es lo que quieren los catalanistas de ahora y lo que ansiaban los catalanistas de pasadas centurias, pues entonces todos eran catalanistas". (Discurso del 31 de agosto de 1893, en Vilafranca del Penedés). He aquí expresada la idea cabal del catalanismo, según Guimerá. Y no podía ser de otro modo pues el mismo término de catalanismo indica, por medio del sufijo *ismo* una insistencia, o mejor, una doctrina. Por ello se puede sostener, como de hecho lo hizo Guimerá, que el catalanismo fué o es la coraza pasajera de un cuerpo que teme por su propia seguridad, por su vida misma. Apurando el símil de la coraza y hasta acercándolo a lo que hacen los animales dotados de caparazón, se puede decir que la actitud catalanista se adentra, para protegerse, mientras ofrece al exterior lo más recio, y, hay que confesarlo, a menudo lo más duro y hostil, impenetrable y aparentemente antipático. Además, creo que es necesario considerar el catalanismo en sí como una actitud meditativa, y, por ello, cambiante, como una continua interrogación que los mejores espíritus se formulan sobre Cataluña. Guimerá es un claro ejemplo de ello pues en torno al catalanismo vino a cuajar el dramaturgo un sin fin de meditaciones que tendremos ocasión de ir presentando.

Uno de los elementos a que Guimerá dió más importancia, como vimos en otro lugar, fué, sin duda, al elemento voluntad, hasta tal grado, que podría decirse en verdad que Guimerá concibió el catalanismo como voluntad, como un sistema de tenacidad que debía rendir, sin que pudiera ser de otro modo, la cosecha esperada. Esta voluntad se manifiesta, según Guimerá, a lo largo de la historia de Cataluña, al decir: "ha siglos que protesta, ya en paz ya en guerra, que es y que quiere ser catalana". (Juegos Florales de Barcelona, 5 de mayo de 1889). Pero la voluntad personal

puede ponerse en juego inmediatamente; la voluntad colectiva, la voluntad de un grupo necesita primero, antes de moverse, llegar a un previo acuerdo, alcanzar en fin la unidad. Cuando ésta se produce y se quiere luego algo, la victoria es segura. "Unidos todos llegaremos adonde queramos, como lo hicimos en otros tiempos". (Idem). Para Guimerá es algo immanente a la voluntad de existir esa misma existencia y así lo expresa: "En la vida de los pueblos quien quiere vivir, tiene razón de existencia". (Discurso de 2 de julio de 1893, en la restauración del monasterio de Ripoll). Y, en cuanto a la tarea que está aún por hacer, lo que no ha sido alcanzado, es también una simple cuestión de voluntad, de tensión en el querer, en el desear, en la apetencia obsesiva. Late en sus palabras una confianza cachazuda que es la mayor fuerza de sus afirmaciones: "Y esperamos que quien ha sido capaz de hacer una parte del camino, bien podrá ganar la restante, aunque sea la más dilatada, pues no hay que olvidar que querer ha sido poder para los catalanes cuando de veras quieren algo". (Discurso del 27 de julio de 1887, en el Vendrell). Y, finalmente, en su Discurso del 25 de abril de 1897, en la Asamblea Catalanista, insistía en esa idea de la voluntad colectiva en los siguientes términos: "Y hemos venido para vernos mutuamente, para relacionarnos y religarnos en una voluntad sola, como ya nos hallamos hoy religados, más que religados, fundidos para la propagación de las ideas". Aparte de la machacona insistencia sobre la idea de la voluntad, ¿no llama la atención ese verbo religar, que, según Lactancio, sería, no sólo la etimología de la palabra religión, religare, sino un volverse a atar con Dios? Pero dejando aparte toda interpretación mística de tales palabras, no por ello hay que minimizar la parte enorme que Guimerá reserva a la voluntad en el avance del catalanismo; hasta tal grado, que los distintos impulsos y logros dependen, según Guimerá, de la tensión y fuerza de esa misma voluntad.

En este período se formularon algunos programas, se fundaron centros, reuniéronse congresos. Esas actividades encontraron siempre la más viva simpatía en Guimerá. Pe-

ro ninguno de estos actos catalanistas tuvieron la notoriedad de las célebres Bases de Manresa, redactadas en el año de 1892. El objeto de tales Bases era determinar algunas peticiones o exigencias concretas frente a los poderes centrales y centralizadores. En su Discurso del 26 de mayo de 1892, precisamente en esta Asamblea de Manresa, Guimerá pronunció un discurso donde resumía en parte tales peticiones. Se estipulaba que los catalanes podrían “disponer de su fortuna sin miedo a que fuera a ‘engordar’ a los que no trabajan”, que “el domicilio y la propiedad volverán a ser inviolables”. “Todos los cargos públicos serán desempeñados por catalanes”. “La enseñanza será dada en lengua catalana”. En cuanto a la organización parlamentaria se decía que “todas las fuerzas vivas de la tierra tendrán representación directa en nuestros parlamentos”. La cuestión militar era también abordada y combatía la desigualdad que creaba el sistema a la sazón imperante: “no se mantendrá el injusto servicio de ‘quintas’”. En una palabra, para Guimerá el catalanismo era, como dijo en otra ocasión, el gobierno propio como “en aquellos tiempos en que todo se resolvía por los catalanes y siempre en el interior de Cataluña: tanto sus pleitos civiles como criminales, y hasta su misma política”. Este programa tan concreto, pero que en muchas partes adolecía de cierta puerilidad y, sobre todo, de un afán contraproducente de aislamiento, fué superado cuando, en 1904, en la Asamblea de la Unió Catalanista —agrupación del catalanismo histórico, en palabras de Prat de la Riba—, substituyó el detallista programa de las célebres Bases de Manresa, por una simple declaración de fe nacionalista.

El patriotismo de Guimerá era optimista, lleno de fe en la potencialidad del país que estaba renaciendo bajo sus ojos. Creía en la riqueza de Cataluña y en que esta riqueza era la base más sólida para establecer una política propia. “El despertar de la lengua patria, el progreso civilizador de nuestras costumbres, el desarrollo de la industria, de la agricultura y de todas las artes, piden también el completo despertar político de nuestro país”. ( Discurso del 10 de Agosto de 1882, en Igualada). Comprendía Guimerá

la enorme fuerza de los factores económicos y no olvidaba que la burguesía catalana, al verse rica y fuerte en el propio país, debía aspirar a manejar también la política. Por eso era necesario seguir adelante, no contentarse ante tales o cuales éxitos. “Pero, ¿debe detenerse aquí el renacimiento moral y material de Cataluña? ¿Ha hecho ya todo el camino para que se eche cansada sobre los laureles, como los antiguos héroes tras la victoria? No y cien veces no. Detenerse en este punto tanto valdría como volverse para atrás, y tanto valiera no haber levantado nunca cabeza y haber proseguido el sueño de las demás regiones españolas”. (Discurso del 10 de agosto de 1882). Tan seguro estaba en la virtud de la propaganda catalanista y en la libertad catalana. Quería verla, no sólo para satisfacción propia, sino para que todos, incluso los contrarios, pudieran darse cuenta de las ventajas de tal gobierno. “Ahora ya podemos estar seguros de que la veremos nosotros mismos la libertad de Cataluña. El día que eso sea, será de completa satisfacción para nosotros y al día siguiente se han de alegrar del hecho aquellos que no creerán en el catalanismo hasta que vean por ojos sus excelencias en la misma práctica”. (Discurso de 31 de agosto de 1893, en Vilafranca del Penedés).

Estas esperanzas de Guimerá se cumplieron en parte. “El peso de Cataluña en la política española hizo que Maura —mallorquín—, quisiese iniciar una satisfacción de las aspiraciones con el proyecto de ley de Administración local (1907), tendiente a la autonomía administrativa y haciendo posible la agrupación de las diputaciones en Mancomunidades. A pesar del carácter estrecho de tales reformas, la ley fracasó, como también fracasó la de Canalejas (1912) concediendo la Mancomunidad a Cataluña, la cual había de ser un ensayo de autonomía limitada que Dato implantó por Decreto el 1913”. (Ferran Soldevila - Pere Bosch-Gimpera, HISTORIA DE CATALUNYA, Col. lecció Catalònia, México, D. F. 1946). Vió pues, Guimerá, una autonomía limitada y muy poco amplia, pero, sin duda la gestión de su Presidente —Enric Prat de la Riba—, fué muy superior a la letra de la ley. La fundación del Institut d’Estudis Ca-

talans, de una verdadera red de bibliotecas, de un moderno sistema de teléfonos y carreteras, de publicaciones excelentes, son algunas de las realizaciones más notables de Prat de la Riba. Pero, en el terreno político, sucedió lo que Guimerá había previsto, es decir, que la mayoría se convenció de que el régimen autonómico era, en Cataluña, sinónimo de progreso, educación cívica y política y de mejoramiento general del pueblo. Este éxito de la autonomía catalana llevó a Francesc Cambó, el sucesor de Prat de la Riba en el partido llamado Lliga, a emprender una campaña para despertar en las restantes tierras hispánicas movimientos autonomistas, lo cual había de procurar, según Cambó, la Gran España, l'Espanya Gran.

No es nuestro propósito seguir la evolución posterior del catalanismo pues esto rozaría zonas que escapan a nuestro breve estudio.

— 9 —

## POLÍTICA Y POLÍTICOS

Aunque Angel Guimerá nunca formuló de un modo sistemático su concepto acerca de la política y de los políticos de su tiempo, dispersos en sus distintos discursos —cartera principal para rastrear sus ideas a este respecto—, se hallan una serie de afirmaciones, críticas, juicios y comparaciones del mayor interés. Con algún método creo fácil llegar a ordenar en un conjunto coherente el cúmulo de sus opiniones. Son éstas tanto más interesantes por referirse a uno de los periodos más dramáticos de la historia general de las Españas, pues, por estos años ocurre la crisis que arrebató a los españoles los postreros restos del un día dilatado Imperio, y, con ello, se siente la general necesidad de introspección, de buscar un nuevo camino, de dar con un nuevo sentido de vida.

Parte Guimerá de una crítica acerva de la realidad política española de tipo general, para atacar enseguida los dos elementos técnicos más visibles de esta política: superchería electoral y caciquismo.

Tras la liquidación de las guerras carlistas, España conoció una época de relativa paz interior. El juicio que tal tranquilidad exterior merecía a Guimerá está expresado en estas palabras: "Cuando los carlistas estaban en los montes, muchos pueblos pagaban doble contribución; pero en conjunto salen más perjudicados ahora cuando la paz material reina en España". (Discurso 31 de agosto de 1882, en Vilafranca del Penedés). Tal es la desesperación que este estado de cosas suscita en la población, según Guimerá, que todos exclaman: "ya no comprendemos cómo sea posible algo peor" y, "que todo se venga abajo y venga lo que viniere" (Idem, Idem). ¿A qué se debe este estado de general postración? Cuando un organismo está en crisis, ¿quién tiene la culpa, ¿los dirigentes o los dirigidos? En el caso concreto del Estado español, ¿a quién debía atribuirse la culpa, a los políticos o al pueblo en general? En realidad a los dos pues en casos de decadencia de un Estado se forma un círculo vicioso difícil de romper: el bajo nivel del pueblo da malos políticos y los malos políticos son incapaces de levantar el bajo nivel del pueblo. Para Guimerá la culpa de la decadencia del Estado español estaba en los políticos y en la mengua que habían sufrido todos los partidos que, a lo largo del agitado siglo XIX, se habían sucedido en la intriga para gobernar o en la intriga para adueñarse del poder. Así podía preguntar Guimerá con razón: "¿Dónde está hoy un partido fuerte que traiga ideas nuevas y prácticas y arrastre a su paso a todo un pueblo como en otras épocas? Ni una idea creadora y luminosa brota ya de ninguno de tales partidos". (Discurso de 9 de noviembre de 1889). Y, en otra ocasión, pasaba en revista concretamente a los tres partidos que habían intentado gobernar a España. "¿Dónde está aquel partido moderado con sus hombres de ideas arraigadas y de privilegiada inteligencia? ¿Dónde aquel partido carlista, entero, creyente, colmado de fe y de esperanza, aquel partido que no demandaba paz ni

tregua, que no se vendía ni consentía pactos con sus enemigos, que nunca daba reposo al arma, pasándola el moribundo al que sólo acababa de dejar sus infantiles juegos para que la empuñara? ¿Dónde aquel partido liberal, caballeroso hasta el más exagerado romanticismo, que rodeaba con idolatría la cuna de una reina y con sus guerreros cantos la adormecía?”. (Discurso de 31 de agosto de 1893, en Vilafranca del Penedés). El lector puede apreciar que, a pesar de esta nostalgia guimerañiana por tiempos mejores, el panorama que pinta está lejos de referirse a una arcadía política pues los conceptos bélicos —sobre todo al referirse a los carlistas y a los liberales—, son muy abundantes en su corto párrafo. Y no podía ser de otro modo, pues, si bien la decadencia señalada y denunciada por Guimerá era cierta, la etapa política anterior a que aludía, no había sido mejor ni mucho menos, sólo que, a distancia, tenía el azulado prestigio de toda lejanía. Los resultados de este decaimiento de la cosa pública en España era un total descrédito para los políticos, grandes, medianos y chicos. Así nos dice Guimerá que donde el pueblo ve “a un regidor o a un alcalde, cree ver a un ladrón”. (Discurso del 29 de mayo de 1893, en Reus); y, en cuanto a las llamadas altas esferas gubernamentales, el panorama no es más alentador. “Ahora el bandolerismo se ha tornado ministerial. No son las mismas palabras pero en el fondo dícese lo mismo: ¡el dinero o la vida!”. (Discurso del 29 de mayo de 1893, en Reus). Pensemos lo que pensemos del cuadro que nos pinta Guimerá hay que reconocer que por lo menos no faltaba la libertad suficiente para enderezar ataques a los gobernantes, seguramente en bien de ellos mismos.

Esta pervertida política funciona por medio de unas elecciones que no pasan de ser una burla y un grotesco simulacro. Veamos en primer lugar, qué opinión tiene Guimera del cacareado sufragio universal —gran conquista liberal del siglo XIX español—, y, sobre todo, de su aplicación concreta. “Dicen que se han afianzado las conquistas de la Revolución, y citan como ejemplo el sufragio universal: la más indigna de las farsas”. (Discurso del 29 de mayo de 1893, en Reus). Sobre las consecuencias que el mismo

gobierno o gobiernos han de apechugar por haber falseado este sufragio universal, nos dice: "Establecieron el sufragio universal y al día siguiente ellos mismos se dedicaron a prostituirlo. Pero ahora ya lo tienen al verdadero sufragio universal: la opinión de todos contra el gobierno". (Discurso del 31 de agosto de 1893, en Vilafranca del Penedés). Y, para resumir el concepto general que los sistemas electorales merecen a Guimerá, citaremos unas palabras terriblemente gráficas en su afán condenatorio: "corrupción electoral esa, que hiede a corrupción de hospital en la sala de incurables; pues verdaderamente está desauciado este sistema, y con él lo está todo cuanto él sostiene". (Discurso del 29 de mayo de 1893).

Si los medios y triquiñuelas electorales propios de los partidos gubernamentales españoles en general merecen tan terrible condenación de Guimerá, peor librado sale si cabe el sistema caciquil, por medio del cual, los distintos gobiernos extendían, hasta los más apartados rincones, su nefasta influencia. El cacique fué una verdadera institución española en la política de finales del siglo XIX y principios del siguiente, hasta tal grado, que se consideraba una pieza esencial en la mal ensamblada máquina estatal española. La institución del cacique es muy particular; dueño, de una parte, de los resortes electoreros que hacen triunfar a quien él quiere, se halla a su vez sometido —generalmente sin ni saberlo—, a la presión del sistema que ayuda a crear. Los representantes del país en el parlamento lo son "en su inmensa mayoría, no del país que no ha intervenido en su elección, sino del cuerpo de caciques que los ha engendrado". (Discurso del 29 de mayo de 1893, en Reus). Pero, a su vez, el cacique es el último eslabón de la cadena de inmoralidades de tipo electoral que jalonan el poder desde los ministerios hasta los más apartados villorrios. Y esta presión a que todos los elementos que intervienen en el gran trampantojo político están sometidos, se halla presidida o tiene su origen en la índole misma del sistema. Y la índole íntima del sistema tiene un nombre: centralismo. He aquí el gran enemigo de los que pensaban renovar a las Españas a través de las ideas llamadas entonces regionalistas. Por ello Guimerá nos dice



con contenida acritud: "Toda la vida reside en la capital, en los gobiernos civiles de las provincias, y en manos de los alcaldes y de los caciques de los pueblos". (Discurso del 31 de agosto de 1893, en Vilafranca del Penedés). Se comprenderá, que un sistema tan trabado, si el Estado que lo sufre está en decadencia, no puede ser más deplorable ya que la red de tretas, engaños, ardidés y trampas que envuelve el cuerpo del Estado acaba por ahogar en él toda vida propia pues resulta a la larga incapaz de renovarse.

Una palabra que viene a menudo a los labios de Guimerá es la de regeneración. El regionalismo, el catalanismo, el sistema de gobiernos autónomos para las entidades histórico-culturales que forman las diversas Españas, es para Guimerá esta gran regeneración. Su enemigo es el tentacular centralismo que amenaza con ahogar a las antiguas nacionalidades hispánicas a fuerza de querer mantenerlas apegadas a la capital, a Castilla. Esta regeneración predicada por los regionalistas, por Guimerá en este caso, es total, empieza en el hombre y termina en el último pináculo del poder estatal pasando por la técnica del gobierno y por los sistemas de poner en marcha la máquina gubernamental. Vamos a ver cómo enfoca Guimerá estos diversos aspectos. Hasta ahora ha predicado duramente contra el estado de cosas existente. Desde este momento vamos a escucharle en más positivos consejos.

Lo primero que predica Guimerá en el terreno político se refiere al hombre, ya que éste es el gran actor de la política, su beneficiario o quien paga los platos rotos si todo va mal. Concibe al hombre en este aspecto como una unidad y se opone a la falaz distinción —tan corriente en pueblos decadentes—, entre una supuesta moral y conducta políticas y la moral y conducta particulares. Reacciona vivamente contra este monstruoso dualismo, contra esta funesta partición de la persona en dos mitades, una de las cuales debe obrar bien, y la otra puede emplear todos los ardidés. Dice pues, con gran energía: "Se pretende que existen dos honras: la honra política y la particular o privada, siendo así que para nosotros son una y otra lo mismo". (Discurso del 26 de mayo de 1901, en Terrassa). He aquí pues el

primer elemento para esta política regeneradora de la cual habla Guimerá como propia: "para nosotros...". Tenemos ya el primer elemento examinado: el hombre. Vamos a ver cómo debe obrar hasta llegar al poder. El medio legal que tiene a mano es la política y el técnico la elección. ¿Cómo debe portarse en ellas? o dicho de otro modo, ¿qué idea tiene Guimerá de las elecciones? Vamos a verlo.

En la Asamblea de Reus, 29 de mayo de 1893, pedía Guimerá, como Ponente, que "se consigne en el último pasaje de la Base presente que el Catalanismo condena enérgicamente todo medio electoral abusivo, prefiriendo siempre la pérdida de las elecciones a ganarlas con procedimientos que por su inmoralidad repugnan a toda persona honrada". Sobre esta preferencia —perder las elecciones a ganarlas con trampas—, insiste nuevamente en otro de sus discursos, pronunciado éste en Terrassa en 26 de mayo de 1901. Decía: "es preferible la pérdida de las elecciones a recurrir a los indignos medios condenados por el espíritu del Catalanismo". Vemos ya actuando y en plena fuerza a la nueva idea regeneradora, al autonomismo, que empieza por intentar reformar al hombre político.—precisamente acercándolo al hombre sin adjetivo alguno—; y que recaba luego el derecho de perder antes que usar de las malas artes en boga. Se comprende que una idea tan revolucionaria en la política española de entonces provocara una decidida reacción en los sucesivos gobiernos que combatieron al catalanismo. A estas ideas autonomistas, descentralizadoras, se las acoge en España primero con risas y bromas para terminar por emplear contra ellas precisamente estas trampas a las que venía a combatir. Pero ello exclamaba Guimerá: "Cuan-to se diga es poco para amparar de las trampas electorales las urnes en las que se presente algún candidato catalanista". (Discurso del 29 de mayo de 1893, en Reus).

Si de la simple técnica electoral pasamos al dominio de la política considerada en sí misma, veremos cómo Guimerá señala la necesidad de que el autonomismo pase de la idea a la práctica y no viva en la fácil región del comentario: "La situación del Catalanismo ha sido hasta acá muy tranquila, y, para mejor calificarla, muy cómoda; contem-

plar desde nuestros hogares, escudados en nuestra menospreciativa honradez, cómo pasaban y tornaban a pasar en medio del barro de la calle las mascaradas de la política". (Discurso 29 de mayo, 1893, en Reus). Para Guimerá no basta tener razón contra prácticas llenas de abusos y de marrullerías sino que, tras denunciarlas, débese salir a la calle para imponer el propio sentido de la civilidad y de la política. Esta su vieja idea, expresada en Reus en 1893, volverá a ser puesta a la consideración de sus oyentes en su Discurso de 26 de mayo de 1901, en Terrassa, al decir: "Ya entonces recordé que estaba en la conciencia de todos la necesidad de que el Catalanismo interviniese en la vida activa de la política".

Esta intervención en la política no ha de hacerse a ciegas, es decir, debe intervenir en la política con una política, con ideas acerca de cada problema concreto. Pero, por encima de todo, Guimerá pedía la formación de una especie de unión sagrada de su pueblo, una suerte de superpartido que actuara en nombre de todos y en representación, no de una clase ni de un interés particular, sino, haciéndose eco del sentir general. Y aseguraba: "en las masías, en los pueblos y en las ciudades se abre paso la idea por encima de las ruinas de los partidos políticos". (Discurso del 14 de diciembre de 1889). Y también: "Yo quisiera convencer a todos de que el Catalanismo no es ni puede ser a manera de un partido político". (Discurso del 24 de agosto de 1901, en Sants). Esta unión por encima de credos particulares y de intereses era necesaria entonces, cuando la idea regeneradora, para usar palabras de Guimerá, daba sus primeros y tímidos pasos en el resbaladizo campo político. Cataluña no podía distraer sus fuerzas ni dividirse en bandos: debía presentar un frente único. No siempre se logró esta idea de Guimerá y de muchos otros, pero, por lo menos, poco a poco se llegó a que el regionalismo —más o menos amplio, desde tímidas descentralizaciones a francas posiciones nacionalistas—, penetrara en todos los partidos políticos y hasta en ciertas organizaciones obreras, aunque ello mucho más tarde y a menudo pasajera-mente. Lo que Guimerá predicaba, más que otra cosa era

en fin una concepción amplia, una visión dilatada de lo político sin entretenerse en minucias necesarias sin duda, pero, comparadas con la idea principal, accesorias al fin y al cabo. “Más que el ferrocarril que en vano pedís como una limosna o el puente que no se os concede, a todos nos conviene más el camino que nos conduzca a mejores días: el puente que una el pasado con el futuro de Cataluña”. (Discurso del 5 de mayo de 1889, en los Juegos Florales de Barcelona).

Vamos a resumir brevemente lo tratado hasta aquí. Guimerá ataca en primer lugar la política y a los políticos españoles, endereza luego sus golpes contra el sistema electoral imperante y el uso que de él se hace, para terminar con una briosa carga contra el caciquismo. En el campo de las afirmaciones, sostiene que el Catalanismo —doctrina opuesta al centralismo—, debe considerar al hombre político como a un ser moral. Pasa luego en examen la política para predicar; a) pureza en las elecciones; b) intervencionismo del regionalismo en la política general española; c) formación de una suerte de superpartido, y d) poner una gran ambición y generosidad en las demandas.

Esta crítica —positiva y negativa a un tiempo—, de la política peninsular de su época, de lo que era y, de lo que debía ser en su concepto la organización estatal de los diversos pueblos que integran las Españas, le lleva a una actitud esperanzada, llena de fe en el futuro, a lo que Nicolau d'Olwer llama en su *Manual de Literatura Catalana*, aunque con otra intención, “optimismo florarista”. De cualquier modo, hay que hacer notar que en general, el enfoque que los catalanes pretenden dar a la cuestión política en España es de tipo esperanzado, mientras que las meditaciones que el célebre año de 98 arranca a las generaciones de habla castellana son de tipo pesimista. El Catalanismo creyó un día que era posible levantar sobre cimientos nuevos una concepción estatal que permitiera, no sólo el libre desarrollo de las distintas nacionalidades hispánicas, sino hasta formar una libre confederación de poder mucho mayor al de cualquier Estado peninsular formado a base de centralismo.

Para Guimerá era claro como el agua que la idea centralista, con todo lo que significaba, era algo muerto y que el Catalanismo era, en cambio, la promesa de una nueva vida, no sólo en Cataluña sino en toda la Península: "Los del Madrid político representan lo que desaparece, que es la muerte, mientras nosotros representamos lo que está llegando, que es la vida. Ellos son una España que ha caducado, que se ha convertido en osamenta, tal como se halla formada, nosotros somos una Cataluña que ha vuelto a sacar renuevos poderosos". Y, en otra ocasión, subraya esta distinta posición espiritual, al decir: "Aquí todo está entero y todo es ardor de noble entusiasmo; allí todo yace partido en partidos; todo está colmado de escepticismos y desconfianzas" (Asociación Catalanista de Gerona, 25 de abril de 1897).

— 10 —

## IDEAS SOCIALES

Guimerá vivió en Cataluña años de intensa agitación tanto política como social. Sus diversas reacciones ante tales convulsiones son interesantes para ver si es posible, como creo, entresacar, de sus a veces confusas declaraciones, una línea de pensamiento que sitúe a nuestro autor en un plano de teoría social. ¿La tuvo? ¿Careció de ella? Es lo que vamos a ver en el presente ensayo.

El 9 de noviembre de 1889, en el discurso de presidencia de la Lliga de Catalunya, decía: "¿quién no se ha estremecido de dolor al considerar cuántas veces en lo que va de siglo se han alzado, para hacer de muralla, las piedras de las calles de Barcelona y de otros centros populosos de Cataluña? ¿Cuántas veces han tronado sobre ciudades y villas los cañones de las fortalezas de la tierra, cuyas bocas únicamente debieran haber arrojado su fuego contra los extranjeros de la madre patria!... Y al hallarnos hoy, se-

ñores, a finales de este siglo, con la agitación producida por ideas venidas de otros pueblos, me pregunto: "de qué han servido tantos odios concitados, tantas predicaciones encendidas, prometiéndolo el bienestar al país?" Apunta aquí, sea cual sea la opinión que se tenga sobre cuestiones sociales, la enorme desproporción entre la agitación y la violencia desatadas sobre la Península en el siglo XIX y lo conseguido tanto en el terreno de los logros materiales, como en el simplemente ideológico. Pocos progresos materiales de la clase obrera, escasa por no decir nula teoría: sólo violencia. Ese balance triste del siglo XIX, que a Guimerá parecía decisivo para el futuro, triste es confesarlo, no era sino el comienzo de nuevos y en general estériles arrebatos pasionales tanto de signo reaccionario como progresista. Guimerá añadía: "No habléis ya de revoluciones que nadie habrá de creerlos". Afirmación aventurada como pocas, pues, si bien es cierto que "el pueblo ya no quiere servir de carne de cañón", a menudo se vio obligado a serlo. Guimerá suponía que si Cataluña hubiese sentido menos interés por la política que se desarrollaba fuera de su ámbito —en "las cortes de Bayona" o en las "cortes de Cádiz", para decirlo en sus propias palabras—, y se hubiese dedicado exclusivamente a buscar su equilibrio interior, habría tenido una vida más feliz.

Pero esto no fué así. En Cataluña vivieron y medraron, con inusitada fuerza, las dos corrientes de pensamiento y acción más vivas de la Península entera: la cuestión nacional y la social. Así lo vio lúcidamente Angel Guimerá y en su discurso del 31 de agosto de 1893, en Vilafranca del Penedés, formulaba una de las profecías que mayor confirmación hayan logrado de entonces para acá: "sólo han de quedar dos fuerzas únicas en España, pero las dos exhuberantes de vida y de entusiasmo. Es la una la masa regionalista, más o menos avanzada, más o menos franca y decidida y despreocupada. La otra es la masa socialista, con sus ramificaciones y divisiones de comunismo y anarquismo y otros interminables calificativos".

Creo que Guimerá, de haber podido, habría de buena gana prescindido del factor social. Era principalmente un

patriota y lo que dominaba en él era el vivo interés por la cuestión nacional. Pero vivía en un país donde era imposible cerrar ojos y oídos al color y clamor de la cuestión social, y, por ello, trataba de buscar un punto de contacto. En primer lugar, aspiraba a una unión casi mística entre todos los catalanes por el hecho de serlo: "Y vosotros catalanes todos, tanto los que gobernáis esos palacios de la industria, como los que conserváis la manera catalana en las sencillas y señoriales masías, tanto los que arrastráis por todos los mares los despojos de nuestra un día colosal marina, como los que vivís reposadamente de vuestras rentas en las ciudades y villas populosas, y como los que jadeáis en el cotidiano trabajo, honrados artesanos y payeses, tanto los que en los templos y en las aulas y junto a las cunas mostráis los caminos de cielo y de la tierra..." (3 de mayo de 1889). Todos, todos caben según Guimerá en esta mística nave patriótica. Pero, ¿era ésta la viva realidad? ¿sentíanse todos tan líricamente unidos? ¿podrían sentirse igualmente cómodos en este apretado haz patriótico, los que vivían "reposadamente de sus rentas", los que "jadeaban en el cotidiano trabajo", los que "governaban los palacios de la industria"? La apelación patriótica no podía tener para todos el mismo valor, pues su situación en la patria era distinta y en ocasiones hasta opuesta. Por ello Guimerá clamaba: "unámonos todos, sea como sea..."

Guimerá veía de una parte que el "humo de las chimeneas de la industria" era el símbolo de una riqueza que aseguraba la independencia en el obrar del país (10 de febrero de 1883, Discurso de presidencia en un certamen en Valls). Pero, por otra parte, la fuerza creciente de la clase obrera no pasaba desapercibida para él. La aportación proletaria a la idea nacional era necesaria, absolutamente precisa, y comprendía el peligro de malquistarse con los obreros cuando exclamaba: "los obreros de la tierra, espejo de todas las virtudes, tejen y tejerán el glorioso y honrado vestido de Cataluña, y nunca, nunca, su mortaja" (10 de agosto de 1882, Ateneu Igualadí de la Classe Obrera). Y salía al paso a las acusaciones que lanzaban los demagogos de la calle, acusaciones que, por otra parte, no siempre eran falsas:

“Yo quisiera convencer a todos de que el Catalanismo, cuando es Catalanismo y nada más, no pertenece a tal o cual clase de Cataluña...” “quisiera convencer a todos de que el Catalanismo no es ni puede ser nunca a manera de un partido político...” El catalanismo “no es privilegio de una sola clase...” “al catalanismo puede entregarse todo hombre nacido o identificado con Cataluña, pertenezca a la clase social que quiera y tenga las ideas religiosas y universales que quiera...” y, por fin, confesaba más claramente: “ha corrido la mala especie de que el Catalanismo está al servicio de una clase social, la clase rica...”

He aquí la terrible contradicción del movimiento patriótico catalán del siglo pasado y en parte del actual: pretender ser un movimiento nacional y derivar hacia un interés de clase. Que en sus orígenes el catalanismo fué predominantemente de clase no podría sostenerse. Fué en realidad un movimiento de tipo intelectual, preñado de esencias históricas (o falsamente históricas) y literarias. Más tarde pasa a ser defendido, sobre todo al hundirse los restos del imperio colonial español —en el año crucial de 1898—, por la clase dominante en el país por su riqueza y su influencia política. Lo que el país debe a esta aportación quizá sea mucho, pero, recientemente, hemos presenciado lo que persona tan imparcial como el Canónigo Cardó ha llamado la **dimisión de la burguesía catalana**, simplemente porque otras situaciones políticas —antagónicas a las defendidas por el catalanismo—, han ofrecido más ventajas para “amasar o gastar locamente pesetas” (Carles Cardó, *Montserrat, penyo-ra Divina - Quaderns de l'Exili*, núm. 26, marzo-abril, 1947).

Ante esta oposición de intereses de dos clases colocadas frente a frente, ¿cuál fué la solución ideada por Guimerá? Si tomáramos al pie de la letra las siguientes afirmaciones, quizá no sería caprichoso sostener que el dramaturgo catalán fué partidario de una especie de socialismo nacional, con tendencia a abolir o a mitigar las distinciones de clase fundadas en diferencias económicas, pero, creo que, tanto por lo brumoso de la expresión, como por cierta timidez imponderable en la formulación de sus palabras, hay que poner en cuarentena la supuesta solución guimerañiana:



“Cuando Cataluña despierte para ser señora de sí misma, con ella van a despertar ricos y pobres, no halagando a los unos para dejar rezagados a los otros, sino borrando odios de clase, hermanando hacendados y campesinos, obreros y fabricantes, pobres y ricos, y, en fin, siendo todos socialistas de una Cataluña asociada, avenidos todos por encima de las impurezas humanas...” Muy hermoso, pero, ¿posible tal como lo plantea? ¿Qué quiere decir hermanar hacendados y campesinos, obreros y fabricantes, pobres y ricos? He aquí una fórmula que tiene más de lírica que de sociológica. Pero no debemos pedir más a Guimerá que lo que buenamente puede dar: comprensión de un arduo problema, buena fe inicial en cuanto a su solución y simpatía cordial por los que esperan mejores tratos. Guimerá no fué un pensador, ni político, ni social. Simplemente un hombre de amor —ese amor que hallamos en todo lo que hace o toca—, y eso basta a su perfil. Entendemos más a Guimerá a medida que asistimos a sus diversas reacciones ante los hechos vivos de su patria y de su tiempo. Las soluciones no suelen ser obra de un poeta. Bástenos su comprensión.

— 11 —

## SENTIMIENTOS RELIGIOSOS

Guimerá no parece haber creído en un sistema coherente de ideas religiosas, pues sus múltiples reacciones ante el hecho religioso, más que una base racional o de fe, la tiene sentimental y, por ello, muy a menudo incurre en patentes contradicciones.

Si se tomasen al pie de la letra sus afirmaciones trascendentales del poema *Nebulosa* (en *Poesies*), Guimerá aparecería como un hombre que no cree posible saber nada del origen ni del destino humanos, es decir, como un agnóstico

y también como un pesimista amargo. La incapacidad humana para descubrir el fin trascendente del hombre hace que éste muestre su resentimiento con un Creador que lo trajo a la vida:

**i après la porta ens va tancar,  
i jorns i nits darrera ens crida,  
cruel, deixant-nos-hi unglejar.**

(y después cerrónos la puerta, y días y noches nos llama, cruel, dejándonos allí arañando).

La vida no tiene, pues, sentido alguno y el hombre, cual un insecto colocado sobre una hoja, no es capaz, con sus solas fuerzas, de buscar un por qué, una finalidad a su existencia:

**rodant la Terra se'n duu l'home  
¡Qui sap on va i qui sap d'on ve!**

(rodando llévase la Tierra al hombre. ¡Quién sabe adónde va y de dónde viene!).

La situación del hombre, según esta hipótesis guimerana, es parecida a la de un ciego que se forja una imagen forzosamente irreal de las cosas y no tiene otro pasto, para su espíritu sediento de verdad, que un sartal de mentiras. El hombre, impotente de dar con la Fuente de vida, se debate contra unas apariencias desnudas de todo sentido:

**i bells fantasmes la mentida  
d'un pol a l'altre ha pasejat. ...**

(y la mentira ha paseado bellos fantasmas de uno a otro polo).

Parece que una opinión tan radicalmente pesimista acerca del mundo había de lanzar a Guimerá a un escepticismo absoluto y lógico ante la existencia de todas las reli-

giones, ya naturales, ya reveladas. Con esta visión previa de la vida, resulta sorprendente leer en su poema **Romiatge** (en **Poesies**) una expresa y solemne declaración de cristianismo. Figuran en el poema citado una serie de cuadros rituales, prácticas y sacrificios que Guimerá evoca con rasgos crueles e inhumanos. Empieza el poema como si su alma, desnuda de todo conocimiento religioso, hubiese de escoger para sí una patria espiritual tras presenciar, en una sucesión de visiones rápidas —y, hay que confesarlo, algo chapuceras—, lo más característico de las religiones que Guimerá pasa en revista:

No sé d'on vinc. En les regions ignotes  
d'un somni ombriu mon ànima es desperta.  
Una veu li ha cridat:—: Cerca't la pàtria—,  
i estén les ales i als abims es llenca.

(Ignoro de dónde vengo. En las ignoradas regiones de un sombrío sueño, despiértase mi alma. Una voz le ha ordenado: —Búscate la patria—, y extiende las alas y se lanza a los abismos).

Continúa su viaje y el alma recorre el mundo entero hasta detenerse en el altozano donde el Cristo es crucificado. Entonces el poeta, rendido ante el supremo sacrificio, exclama:

Esperit meu, ja prou has fet la via,  
les febles ales mansament aplega:  
el sol que es fon, la feredat que et volta,  
ben clar et diuen que ha finat el Mestre.

.....

romeu del cel que afadigat sedeges:  
recolza't a sos peus, que eixa és ta pàtria.

(Alma mía, ya has peregrinado bastante, las débiles alas recoge: el sol que se apaga, el espanto que te rodea te

dice claramente que ha muerto el Maestro... Romero del cielo que sufres fatigosa sed: apóyate en sus pies, que ésta es tu patria).

He aquí pues que estamos en presencia de la primera contradicción denunciada en los sentimientos religiosos de Guimerá. Por una parte, el poeta no cree que el hombre sea capaz de saber nada acerca de su origen ni de la finalidad de su existencia, y, por otra, declara expresamente que su patria espiritual es la doctrina cristiana.

Si dejamos aparte esta oposición inicial de dos sentimientos contrarios de tipo religioso expresados con idéntica vehemencia, veremos como, en la obra de Angel Guimerá menudean las muestras de respeto por religiones, no sólo distintas de la católica, sino incluso de las cristianas creencias en general. Cierto que se trata de breves toques, de alusiones rápidas, de insinuaciones veladas, pero, de cualquier forma, son siempre notas representativas del estado especial de los sentimientos religiosos de Guimerá. En una de sus *Postals* (en *Segon Llibre de Poesies*), partiendo de unos hechos biológicos y en cierta medida automáticos, como son los movimientos migratorios de diversos géneros de golondrinas, hace resaltar el poeta la suprema indiferencia de los pajarillos ante las crueles luchas religiosas humanas. Más que una cándida preferencia hacia los animalillos sin malicia ni inteligencia, lo que Guimerá parece haber querido sugerir es cierta paridad entre dos creencias religiosas reñidas a muerte por siglos, a través de la secular lucha de moros y cristianos. Dice así:

—¿D'on vens i on vas, oronel,  
volant per sobre de l'ona?

—Vinc de criar a mos fills  
vora un temple de Mahoma;  
vaig a fer niu al portal  
de la Seu de Tarragona.

(—¿De dónde vienes y adónde vas, golondrina, volando por encima de las olas? —Vengo de criar a mis hijos

junto a un templo de Mahoma; me dirijo a hacer mi nido en el portal de la catedral de Tarragona).

Quizá un ornitólogo no estuviese completamente de acuerdo con estos versos de Guimerá pues parece ser que las golondrinas que construyen su nido ("en la catedral de Tarragona" pertenecen al mismo grupo migratorio que las que lo fabrican "junto a un templo de Mahoma". En efecto, las costas catalanas y la llamada Africa Menor o del Norte, forman una unidad en este aspecto y cuando en Cataluña presenciarnos la formación de los densos enjambres de golondrinas, y finalmente, su marcha en los comienzos del otoño, otro tanto ocurre en el Africa del Norte, pues todas las golondrinas que pasan el verano en las riberas del Mediterráneo emigran luego hacia las regiones tropicales del Africa. Pero no se trata de desmentir aquí a Guimerá, sino que nuestro intento es hacer resaltar la **intención** de los versos del poeta prescindiendo del **hecho** (que incluso puede, como en este caso, ser falso). Que las golondrinas hagan o no sus nidos en Tarragona en el estío y en Orán durante el invierno, no quita ni añade malicia a la equiparación entre un templo católico y una mezquita. Y recuerde el lector que, dada la importancia de Tarragona como sede primada de las Españas —primicia que comparte ahora con Toledo—, sin duda Guimerá no nombra al azar a la antigua Tarraco en donde, según una tradición, predicara San Pablo. La estancia de San Pablo en España —entrando en ella por Cataluña— tiene en su favor el propósito del propio San Pablo manifestado a los romanos y las palabras del Papa San Clemente, quien, en el siglo I, dijo que San Pablo viajó "hasta los confines del Occidente" (**Montserrat, Penyora Divina** per Carles Cardó, prev. publicado en **Quaderns de l'Exili** número 26, año V, marzo-abril 1947, Co-yoacán).

En **La Gran Bondat** Guimerá, so pretexto de la separación de sepulturas decretada por la Iglesia Católica entre católicos y protestantes, ataca toda pretensión de esencial superioridad del catolicismo sobre las diversas confesiones reformistas. No es éste el lugar de examinar el pró y el

contra de la legislación de cementerios católicos que un lector curioso de tales problemas hallará ampliamente desarrollada en el Libro 3, Parte 2, Sección 1, Título 12, cánones del 1205 al 1214 del Código Canónico. Guimerá ataca concretamente los cánones 1210 a 1212 en los cuales se prescriben las formalidades de las sepulturas llamadas eclesiásticas y no eclesiásticas:

**Un mur, un trist mur de pedra  
separa en dos un fossar:  
l'un és el fossar dels catòlics  
i l'altre dels protestants...**

(Un muro, un triste muro de piedra separa en dos un cementerio: uno es el cementerio de los católicos y el otro el de los protestantes...).

Pero, por encima de estas separaciones puramente humanas —nos dice Guimerá—, la lluvia y el viento se abaten por igual sobre todas las sepulturas, el día y la noche las rodean por igual, y los pájaros, las semillas y los perfumes van de un cementerio al otro; la tierra donde todos vivimos, pérdida cual una motita de polvo por el espacio, una es y uno es también el tiempo que no cesa de fluir. Por todo ello, triunfantes de los enemistados corazones humanos y nivelando al fin las piedras que han tratado de separar los mortales despojos.

**les cendres es confondran,  
que la bondat és sols una  
i és sols un el bé i el mal,  
com és Un, per tot i sempre,  
el Déu que tot ho ha creat.**

(Las cenizas se mezclarán, pues la bondad es una solamente y uno es solo el bien y el mal, como es Uno, en todo y siempre, el Dios que todo lo ha creado).

El plan de igualdad en que coloca el catolicismo y las restantes confesiones cristianas es aquí mucho más claro y

terminante que la vaga equiparación de islamismo y catolicismo. Guimerá, tomando base en una condenación sentimental de las separaciones mortuorias entre cristianos, apunta en realidad contra todo intento de superioridad católica.

Detengámonos unos momentos para mirar un poco hacia atrás y tratemos de resumir lo estudiado hasta este momento. En tres grupos de ejemplos hemos denunciado las diversas contradicciones guimeranianas y de tipo religioso. Son otras tantas afirmaciones que se excluyen mutuamente. Veámoslo: a) el hombre no sabe ni de dónde viene ni adónde va y cuantas explicaciones se intenten no pasarán de ser "bellos fantasmas" (*Nebulosa*); b) la patria espiritual del poeta es el cristianismo (*Romiatge*) c) insinuación más o menos transparente de la equivalencia del minarete islámico y el campanario católico (*Postals*); d) finalmente, afirmación rotunda de igualdad esencial entre el catolicismo y las demás confesiones cristianas no conformistas (*La Gran Bondat*). Según la primera afirmación de Guimerá todas las religiones son falsas; de acuerdo con la segunda confesión el cristianismo es la única verdadera; ceñidos a la tercera insinuación tanto monta islamismo como catolicismo; y, por fin, apegados a su última tesis, lo mismo da catolicismo que protestantismo. Es decir, falsedad de toda religión, verdad del cristianismo, paridad de todas las religiones han sido sucesivas afirmaciones de Guimerá.

Aunque lo estudiado hasta aquí basta para probar la inseguridad de las ideas de Guimerá en cuanto al hecho religioso, nos proponemos seguir adelante para tratar de agotar el examen de los elementos religiosos que, expresados en su poesía, acabarán por brindarnos un aspecto psicológico interesante del poeta.

En el poema *Jesús al Cel* (en *Poesies*), Guimerá presenta el cristianismo basado en el amor, en la humildad, en el espíritu de pobreza —el verdadero cristianismo en una palabra—, completamente fracasado. Los dolientes y mutilados siguen al Cristo, más que por su palabra de vida, por la utilidad inmediata que sacan del milagro físico que viene a remediar su estropeado cuerpo. Pero, una vez sanados,

echan muy lejos las muletas y se van a gozar de la vida sin amor, sin humildad, sin espíritu de pobreza. Por eso Dios Padre, dirigiéndose al Cristo, le ordena:

**Veste'n al món, oh Fill, altra vegada;  
més no hi tornis humil, que ets el Senyor:  
rei de reis hi has d'anar; tres cops voltada  
la testa amb cerele d'or.**

(Retorna Hijo mío al mundo nuevamente; pero no vuelvas a él humilde pues eres el Señor: rey de reyes has de regresar a él; tres veces ceñida la cabeza con diademas de oro).

La evidente ironía de tales palabras nos hace pensar que Guimerá no se sentía identificado con el énfasis dado sobre ciertas advocaciones del Cristo. Parece que el poeta quiere a Jesús, no como a Rey de Reyes, sino como al pobre y manso de corazón que nos presenta la narración evangélica. Claro que esta mansedumbre del Cristo a veces es desmentida por una súbita energía, casi brutal, pero estos pasajes no atraen la admiración de Guimerá. El aspecto pantocrático del Cristo no satisface el concepto guimeraniano de un Dios todo bondad y perdón. Por ello en *Gira Full* (Segon Llibre de Poesies) llega a exagerar Guimerá esta su natural tendencia, prefiriendo, al recio Jesús de las grandes iras, la estampita de un Jesús siempre rodeado de niños,

**que li pugin a la falda,  
que se li pengin al coll.**

(que suban a su regazo, que se cuelguen al cuello).

En cambio, rechaza, situando todos los momentos en una idéntica apreciación peyorativa, que María de Magdala perfume los pies del Salvador, que el Cristo maldiga y haga secar la higuera, que castigue con sus manos a los mercaderes profanadores del Templo, etc.



Ahora bien, ¿no será posible hallar en Guimerá algo que contradiga este ideal de mansedumbre, pureza, bondad y renunciamiento? En efecto, si alguna figura representa lo contrario al gesto dispendioso y sensual de María de Magdala, si hay seres alejados de la violencia y de la maldición, si existe un tipo de vida— por lo menos como ideal—, que represente un aislamiento y una renuncia a la militante intervención de Jesús contra los mercaderes del Templo, esta figura, este ser, este tipo de existencia en fin está representado, quizá, por la vida monástica. Pues bien, Guimerá se asomó a la celda de una maribunda en su *Mort de la Monja* (en *Poesies*) para producirse en términos de un vitalismo barato y casi pornográfico. La monja, sola en su agonía,

sens odis, més sens amors

(sin odios, pero también sin amores).

se queja de no haber llegado ni a espiga ni a flor, mientras sus "hermanitos" se consumían de amor y ella los desdeñaba a todos. Ahora está asustada de la gloria que le aguarda y tiene miedo de encontrarse a los hombres a quienes negara su amor. Mientras, en un mal pintado telón de fondo, de irredimible cursilería, los pajarillos,

creuaven el cel blavós  
duient al bec la palleta  
per al niu de ses amors...

(cruzaban el azuloso cielo llevando en su pico la briznitá para el nido de sus amores),

Detengámonos nuevamente en señalar esta contradicción: a) el cristianismo ha de practicar las virtudes que constituyen su misma esencia: castidad, pobreza; amor al prójimo, humildad (Jesús al Cel, Gira Full); b) pero, si una mujer se aleja del mundo para vivir apegada a este mo-

delo, entonces yace en su lecho de muerte "asustada de la gloria que le aguarda" (Mort de la Monja).

Pero no todos los ataques —francos o velados—, de Guimerá contra ciertas prácticas o creencias católicas son de tan poca enjundia como estos. En general las reacciones de Guimerá ante el hecho religioso y los problemas que le son ajenos no pasan de ser o prejuicios de una parte, o bien blando sentimentalismo por la otra. Sin embargo, alguna vez Guimerá trató de calar más hondo. De hecho, el problema religioso de mayor hondura que Guimerá presenta en su obra podría formularse en esta pregunta: La infinita bondad de Dios, ¿es compatible con su suprema justicia? He aquí una pregunta audaz sobre todo al relacionarla, como hizo, con la existencia de las penas eternas del infierno. Este problema —que encierra el destino final del hombre—, ha sido analizado por pensadores profundos y, al pasar a dogma de la Iglesia Católica, se convirtió en uno de los puntos más atacados de su doctrina. Veamos a grandes rasgos su historia. En los primeros tiempos la creencia en el infierno no cuenta con muchos pasajes citables: es lo que los expositores católicos llaman la época de la pacífica posesión del dogma; viene luego la lucha por el dogma, principalmente contra las teorías de Orígenes; y, por fin, se llega a la declaración del dogma. En la época de lucha, unos son partidarios del carácter puramente medicinal de las penas del infierno; es decir, tras purgar las malas obras, el alma pasa a gozar de Dios. Para otros, la condenación consiste en una suerte de aniquilación de la personalidad, en una pérdida de la inmortalidad, para pasar a la no existencia, a la nada. Por fin, se llegan a perfilar los caracteres esenciales del infierno tal como lo entiende la Iglesia Católica. Se dan cuatro infiernos o, mejor, cuatro lugares donde las almas no gozan de la presencia de Dios: el infierno propiamente dicho (para los réprobos o condenados); el purgatorio (lugar de suplicio de tipo medicinal); el limbo (lugar sin pena ni dolor); Seno de Abraham (morada de los justos antes de la venida del Cristo). En cuanto al primer infierno —que es el que interesa aquí—, se dice que no se trata tanto de un lugar como de un estado. El dogma

versa sobre dos puntos: que el infierno existe, y que es eterno.

Con estas ligeras pero necesarias ideas sobre lo que sea el infierno católico estaremos quizá más preparados para examinar el poema de Guimerá titulado **Déu perdona** (en **Segon Llibre de Poesies**) donde nos presenta el problema del infierno. El poeta, cautamente, se ampara tras la figura de un fraile loco para colocarnos en el ambiente buscado. El pueblo se apiña ante la puerta del manicomio. Al llegar el fraile loco, la multitud recibe entre grandes risotadas la tenaz afirmación del religioso:

—**Germans meus: ¡ja no hi ha infern!**

(—**Hermanos míos: ¡no existe ya el infierno!**).

Asegura que ha visto venirse abajo las negras bóvedas del averno y que los condenados están entregados a una desenfundada alegría; rien y cantan. Lucifer reza de hinojos, y ángeles y diablos se estrechan las manos. No existe ya ni justo ni perverso, los verdugos están mezclados con los mártires y los cristianos se confunden con los judíos. Adán y Eva abrazan estrechamente a Caín y a Abel. Jesús besa a Judás... El fraile sigue clamando:

—**Déu perdona, ¡Déu perdona!**  
**S'ha ablanit el mateix Déu,**  
**i amb una llàgrima sola**  
**ha apagat el foc etern...**



(—**Dios perdona, ¡Dios perdona!** El mismo Dios se ha amansado y con una sola lágrima extinguió el fuego eterno).

Sigue repitiendo que no es loco, que él ha visto cuanto dice. Por fin, encerrado, el pueblo se dispersa. Guimerá nos pinta la diversa reacción de la multitud concretándola en dos posiciones, la frívola indiferencia y la pensativa meditación. No hacía falta tanto para indicarnos de qué lado se inclina el propio poeta. Concluye así:

hi ha qui abaixa el front i pensa,  
 hi ha qui riu indiferent,

(rien indiferentes unos, mientras otros inclinan la frente y meditan .

\* \* \*

Lo que llevamos examinado del sentir religioso de Angel Guimerá nos hace ver que, si dejamos aparte las constantes contradicciones del poeta a lo largo de su vida (pues las citas se han hecho de su libro de *Poesies*, publicado en 1887 y del *Segon Llibre de Poesies* que data de 1920, es decir que abarca su vida entera), lo que más llama la atención en su visión religiosa es una marcada preferencia por los aspectos muelles y bondadosos del Cristo, por un Dios de infinita bondad y por cierta complacencia en lo amoroso. El revés de la medalla lo tenemos en su odio contra toda forma de autoritarismo religioso y en su marcada repugnancia por los aspectos coercitivos y punitivos de la religión. Estos son los hechos.

¿Habrá una razón, un por qué, algo, en fin, que justifique esta visión religiosa de Guimerá? Creo que es posible examinar la causa de las preferencias guimeranianas en tal aspecto. Es sabido que existió siempre una relación estrechísima entre Angel Guimerá y su madre y ello a lo largo de toda la vida del dramaturgo. Contentémonos ahora con destacar la importancia que su madre pudo haber tenido en la formación de sus ideas religiosas. Existe un poema en el libro de *Poesies* que explica a las mil maravillas la influencia de su madre en Guimerá, y, concretamente, en cuanto al ideal religioso. Me refiero al poema *Als Cinc Anys*. Esta reminiscencia de sus años más tiernos es preciosa. Tenemos en primer lugar, el escenario que, dada la fecha de nacimiento de Guimerá y la de su partida hacia Cataluña, no puede ser otro que Santa Cruz. Allí, en su ciudad natal, acompañado de su abuela, el pequeño Angel se encamina a la iglesia para confesarse por vez primera en su vida. Todo tiene un sentido de primicia en el poe-

ma: la edad del niño, el alba, la primer confesión... Apenas si pueden descubrirse los trazos de las calles que van atravesando. Ya en la iglesia, a la luz de un cirio que medio ilumina la testa de un santo, el pequeño Angel se hinca de rodillas ante el sacerdote para confesarle sus menudas culpas. El cura explica al niño el concepto de la vida, tal como él lo siente. Guimerá nos cuenta lo que le dice el sacerdote:

**Me va dir que a la terra  
sols hem vingut per penar,  
i que el dimoni ens fa guerra  
per tot, volent-nos temptar.**

(Díjome que sólo a penar hemos venido a esta tierra y que el demonio nos mueve universal guerra tratando siempre de tentarnos).

Y en seguida viene la pintura de ese Dios que, a lo largo de su vida, Guimerá verá con el pueril horror de sus primeros años, como si fuera el fruto amargo de su primer contacto con un sacerdote rudo, con ribetes de truculencia en su predicación. Sigue contándonos Guimerá:

**Em parlá de qué hi havia  
un Déu poderós i etern;  
que tot ell ho descobria,  
que castigava amb l'infern.**

(Me habló de la existencia de un Dios poderoso y eterno que todo lo descubre y que castiga con el infierno).

El pequeño Angel parece anonadado por aquella descripción feroz de un Ser poderoso e inmisericorde, que nos acecha desde todas partes para sepultarnos finalmente en eterno dolor. Por la noche, mientras su madre le está desnudando, le cuenta ella que Dios es un enamorado de los niños y que juega con ellos y que con ellos se alegra y se entristece:

**Que ha fet per ells Pestelada,  
els acells i els papallons,  
i amb la fruita regalada,  
les joguines i els petons. . .**

(Que para ellos creó el estrellado cielo, los pájaros y las mariposas, y, junto a la fruta regalada, los juguetes y los besos).

Sigue inmediatamente una suerte de explicación, de confesión guimeraniana que acaso no debemos interpretar de un modo figurado, dada la evolución de las ideas o sentimientos religiosos de Guimerá. En realidad se trata de una explicación que marca, quizá, todo el sistema de sentimientos religiosos de Guimerá y, como veremos, lo lanza a un dualismo que será una especie de constante en toda su obra: de una parte la bondad, la luz, Dios, la patria. . . en la opuesta ribera el mal, las tinieblas, el Diabolo (con una gran mayúscula), el opresor. Guimerá acaba en fin el poema que comentamos con unas palabras que vale la pena meditar:

**I mig cluc, guaitant sa cara,  
creia en dos déus el meu cor:  
P'un que era el Déu de la mare,  
i l'altre el del confessor.**

(Y, con ojos medio entornados, atisbando su cara, creía en dos dioses mi corazón era uno el dios de mi madre, y el otro el del confesor).

El dualismo toma en Guimerá un carácter obsesivo y, partiendo de su concepto casi maniqueo de dos principios en lucha, llega a suponer que el Diabolo —como una especie de Anti-Dios—, transforma en seres malignos, es decir en hombres, la pura creación divina. En su poema *Creació* (Segon Llibre de Poesies), nos explica que,

**Si en la fornal manxa el Temps,  
en l'enclusa és Déu qui forja;  
forja móns a cops de mall**

(Si en la fragua el Tiempo sopla, en el yunque es Dios quien forja, quien forja mundos a martillazos).

El diablo, colocado detrás de Dios, le arrebató algunas chispas (de las cuales Dios obtiene toda suerte de criaturas) con las cuales da vida a los hombres.

Pero donde el dualismo de Guimerá toma un carácter más grandioso para entroncarse con un robusto demonismo, es en su poema *Cant del Diable*, cuyo arrebatado comienzo no decae:

**No envejo al Senyor l'infinít que l'envolta:  
també mon imperi és etern.  
El cel que té als peus, de ma casa és la volta;  
més llum que no el Cel té l'Infern.**

(No envidio al Señor el infinito que le envuelve: también mi imperio es eterno. El cielo que descansa bajo sus plantas, es la bóveda de mi casa; más luz que el mismo Cielo tiene el Infierno).

Todo el poema es un desafío al poderío divino y los sarcasmos al fracaso de la misión sobrenatural de Jesús alcanzan calidad de estéticas blasfemias. Vemos que Guimerá está en su medio, que siente como pocos el espíritu soberbio y levantisco del Diablo. No en vano el crítico Josep Yxart pudo escribir que el "satanismo artístico" era uno de los grandes temas que tentaron siempre a Guimerá. El final del poema corona la tensa comparación del Diablo con Dios, cuando dice:

**Més l'hora vindrà que la terra mudable  
fins donga a l'oblit el num meu.  
¡qué em fa! Quian la terra s'oblidi del Diable,  
¡será que s'oblida de Déu!**

(Pero momento llegará en que la voluble tierra llegue a dar al olvido mi nombre. ¡qué importa! Cuando la tierra olvide al Diablo, ¡será que se olvida de Dios!).

\* \* \*

Vemos pues, para resumir, que, cuando los sentimientos de Guimerá no se pierden en contradicciones de tipo pasional, se enderezan, en cuanto a lo religioso, a la erección de cierto dualismo —en el cual el Diablo tiene un enorme papel—, de tipo particularísimo, sumamente original, y que centra, por así decir, la concepción guimeraniana de la existencia entera.

De todas suertes, si en el terreno lírico y de íntima confianza poética déjase arrastrar por su pasión, en cambio, cuando se trata de proyectar tales ideas en el terreno de la práctica, Guimerá atempera su natural brío y pasión en las aguas mansas de un sesudo término medio. Como casi nunca sus desplantes de tipo religioso tienen raíz en su mente, sino que arraigan en la pasión, en el puro ímpetu artístico, carecen de todo sistema. No son, en fin, ideas de tipo heterodoxo —como podrían parecer algunas de sus afirmaciones—, sino que se detienen en el límite del arrebatado verbal y se disuelven en una suerte de descarga sentimental que deja sin huella la playa de sus incursiones religiosas. Guimerá no tenía madera de heterodoxo pues le faltaba sistema, método y le sobraba prontitud y vehemencia sentimental. Por ello, paralelamente a sus cálidas arengas contra el infierno, a sus encendidos elogios satánicos, corre el agua mansa de un sentido común que se apresta precisamente a dar la batalla a todo extremismo religioso en el terreno de lo práctico y cotidiano. Así, naturalmente, puede exclamar en su discurso de Presidencia a la Lliga de Catalunya (sesión inaugural del 9 de noviembre de 1889):

**¡La Religión! ¿Por qué atacarla en las calles y en las plazas, aspirando arrebatarla a la fuerza de las conciencias? ¿Por qué trompetearla por los montes con el Santo Cristo de paz en una mano y el arma homicida en la otra?**



## BIBLIOGRAFIA

### A) OBRAS GENERALES:

- Antonio Ballesteros y Beretta: *Historia de España y su Influencia en la Historia Universal* - Tomo Octavo - Barcelona, Salvat Editores, 1936.
- Pedro Bosch-Gimpera: *Formación de los Pueblos de España* - Imprenta Universitaria - México, 1945.
- Antoni Rovira i Virgili: *Historia Nacional de Catalunya* - Volumen VI - Barcelona (En publicación desde 1922).
- Joseph Torras y Bages: *La Tradició Catalana* - Estudi del Valor Etich y Racional del Regionalisme Catalá-Vich, 1906 (Segunda Edición).
- Ferran Soldevila - Pere Bosch-Gimpera: *História de Catalunya* - Col.lecció Catalónia - México, D. E., 1946.
- Enric Prat de la Riba: *La Nacionalitat Catalana* - Ediciones de la "Biblioteca Catalana", México, D. F., MCMXLVII.
- Salvador Dalí: *The Secret Life of Salvador Dalí* - Burton C. Hoffman - Dial Press - New York, 1942 - Capítulo II.
- Carles Cardó: *Histoire Spirituelle des Espagnes* - Etude historico-psychologique du peuple Espagnol - Editions des Portes de France - 1946, París.
- Isaac Golberg: *La Literatura Hispano-Americana* - Estudios Críticos - Versión castellana de R. Cansinos-Assens - Prólogo de E. Díez Canedo - Madrid, Editorial América.
- Angel Ossorio y Gallardo: *Historia del Pensamiento Catalán durante la Guerra de España con la República Francesa (1793-1795)* - Madrid, 1931.

## B) OBRAS DE LITERATURA CATALANA:

- L. Nicolau d'Olwer: *Resum de Literatura Catalana* - Editorial Barcino - Barcelona, 1927.
- Manuel de Montoliu: *Manual d'Història Crítica de la Literatura Catalana Moderna* - Primera Part 1823-1900 - Barcelona, MCMXXII.
- Rafael Tasis i Marca: *La Literatura Catalana Moderna* - Comissariat de Propaganda de la Generalitat de Catalunya - Barcelona, 1937.
- Joaquim Folguera: *Les Noves Valors de la Poesia Catalana* - Publicacions de "La Revista" - Barcelona, MCMXIX.
- Joaquim Folguera: *Cartes a Claudi Rodamilans* - Publicacions de "La Revista" - Barcelona, MCMXXXI.
- Elias de Molins: *Diccionari Biogràfic y Bibliogràfic de Escriptors Catalanes del Siglo XIX* - Barcelona 1889-1893.
- J. M. Miquel i Vergés: *La Premsa Catalana del Vuit-Cents* - Editorial Barcino, Barcelona, 1937 (2 volumenes: Primera Part 1801-1847 - Segona Part 1875-1885).
- Martí de Riquer, J. M. Miquel i Vergés, Joan Teixidor: *Antologia General de la Poesia Catalana* - Quaderns Literaris - Volum 100 - Barcelona, 1936.

## C) OBRAS DEDICADAS A GUIMERA:

- Carles Capdevila: *Angel Guimerà* - Biblioteca Política de Catalunya - Barcelona, 1938.

## D) ARTICULOS, DICCIONARIOS, PROLOGOS, DOCUMENTOS, OBRAS INEDITAS, ETC.:

- Carles Cardó: *Montserrat, Penyona Divina* - Quaderns de l'Exili - Número 26 - Marc-Abril, 1947 - Coyoacán, D. F.
- Carles Capdevila: *Angel Guimerà* - Revista de Catalunya - Num. 1 - Juny de 1924.
- Ferran de Pol: *Angel Guimerà* - Columbia Dictionary of Modern European Literature - New York, 1947.
- Ferran de Pol: *Un Centenari no Celebrat: el d'en Guimerà* - Quaderns de l'Exili - Num. 19 any IV - Abril-maig, 1946, Coyoacán, D. F.

- Ferran de Pol: *Jacint Verdaguer - Revisió de les Obres* - *Revista de la Facultat de Filologia de la Universidad Nacional Autónoma de México* - Octubre-diciembre, 1945.
- Doménech Guansé: *Per Una Revisió de l'Obra de Jacint Verdaguer* - *Revista de la Facultat de Filologia de la Universidad Nacional Autónoma de México* - 22 de juliol de 1938 - Número 1.
- Joan Sales: *Catalonian Literature* - *Columbia University Studies in Modern European Literature* - New York, 1943.
- Joan Sales: *Retorn al Punt de Partida - Quaderns de l'Exili* - Número 2, any I - Octubre 1943 - Coyoacán, D. F.
- Joan Sales: *Els Saguntins - Quaderns de l'Exili* - Número 1, any I - 1945 - Coyoacán, D. F.
- Joan Sales: *La Revisió dels Orígens de la Renaixença* - 1833 - (Opúsculo Inédito).
- J. M. Miquel i Vergés: *Un Exiliat del 1841* - Full Català - I - Octubre del 1941 - México, D. F.
- J. M. Miquel i Vergés: *1859, l'Any de la Restauració* - Full Català - Any II - Números 8-9 - México, D. F. Maig i Juny del 1942.
- Joseph Yxart: *Poesies de Angel Guimerá* - Amb un *Prólech* de J. Y. - Barcelona 1887.
- Lluís Via: *Segon Llibre de Poesies de Angel Guimerá* - Amb un *Prefaci* de L. V. - Barcelona, 1920.
- Anónimo: *Diccionari Enciclopèdic Català* - Salvat Editors - Barcelona, 1938.
- Anónimo: *Extracto de Partida de Bautismo* (De Angel Guimerá) Santa Cruz de Tenerife, 21 de Enero de 1946.

### E) OBRAS DE GUIMERA UTILIZADAS EN ESTAS NOTAS:

- Angel Guimerá: *Poesies* - Amb un *Prólech* de Joseph Yxart - Tercera Edició - Barcelona, Imprenta de la Renaixensa - Xuclá 13 - 1920.
- Angel Guimerá: *Segon Llibre de Poesies* - Amb un *Prefaci* de Lluís Via - Barcelona - Estampa la Renaixensa - Xuclá 13 - 1920.
- Angel Guimerá: *Cants a la Pàtria* - Imprempta la Renaixensa - Barcelona, 1906.

Escuela de Filosofía - Facultad de Filosofía y Letras - Universidad Nacional Autónoma de México

# INDICE

	<u>Pág.</u>
1. <i>Introducción</i> .....	3
2. <i>¿En qué año nació Guimerá?</i> .....	11
3. <i>María, el gran amor de Guimerá</i> .....	15
4. <i>Nación e Idioma</i> .....	29
5. <i>El Culto del Idioma</i> .....	36
6. <i>Poesía y Juegos Florales</i> .....	40
7. <i>Ideas de Guimerá sobre la Renaixença</i> .....	46
8. <i>El Catalanismo</i> .....	55
9. <i>Política y Políticos</i> .....	69
10. <i>Ideas Sociales</i> .....	77
11. <i>Sentimientos Religiosos</i> .....	81
<i>Bibliografía</i> .....	97

